

# Estás SALVADA

Trilogía  
Camila 3



Alma  
FERNÁNDEZ

Estás  
SALVADA

Trilogía Camila 3

Primera edición.

Estás salvada. Trilogía *Camila* n°3

©Alma Fernández

©Octubre, 2021 .

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

Capítulo 23

Epílogo

# Capítulo 1



Solo pude echar mano a mi ropa y tratar de taparme antes de que aquello se convirtiera en una auténtica pelea de leonas. Ignoraba por completo de qué pasta estaba hecha Kalyna, pero era incuestionable que el plato que allí se encontró no sería de su gusto.

—Kalyna, lo siento, yo...—murmuró René, mientras trataba también de vestirse.

—¿A qué tanta prisa? ¿Os he dicho yo algo? —nos preguntó y ahí sí que me dejó totalmente petrificada.

No me tengo por una matona de tres al cuarto ni nada parecido, pero siempre he pensado que, pese a mi carácter pacífico, si alguna vez me hubiera encontrado con una escena de ese estilo quienes la hubieran protagonizado habrían tenido que esconderse debajo de una piedra. Y con ello me refiero a ambos, sin distinciones, a quien fuera mi pareja y a quien no.

—Yo lo siento también...ya me voy—dije por lo bajini mientras apenas acertaba a ponerme los botones de la camisa.

Afortunadamente, en cuanto a la falda solo tuve que bajármela, dado que la tenía enrollada en la cintura.

—Y yo siento que no me escuchéis, os estoy diciendo que no me como a nadie, al menos a nadie que no me apetezca comerme—Volvió ella a la carga con ese acento suyo, que competía en frialdad con su rostro.

—No, no, yo no tengo interés en eso—le aseguré mientras pasaba por su lado, avergonzada.

En contra de cualquier cosa que pudiera haber imaginado, ella me dedicó una mirada libidinosa e incluso me hizo una sensual caricia en el cachete, que me dejó ya totalmente muerta de la impresión.

Menuda papeleta, no solo nos había pillado con el carrito de los helados, sino que de su boca no salió una queja, como si a la tipa le fueran las fiestecitas de varios...incluso cuando, como en aquella ocasión, comprobara que no había sido invitada.

Llegué hasta la puerta y me giré un instante para mirar la cara de René, que no podía estar más apurado. Él tampoco daba pie con bola y giro que daba en su vida, giro con el que la cagaba.

Cerré la puerta y los dejé a los dos allí. Eso sí, como no había nadie en el pasillo que pudiera reprocharme mi actitud, puse el oído para comprobar

hasta qué punto todo había sido un papel por parte de Kalyna para no darme la satisfacción de verla loca de celos.

No, no salió ni un grito de sus labios... con lo mucho que se dedicaba a chillar a otros. No lo hizo sin embargo con René, a quien comenzó a hablarle en un tono normal. A través de la puerta no pude distinguir sus palabras y no sabría decir nada de lo que charlaron, pero sí que lo hicieron en un tono pacífico y diría que hasta cordial.

Me fui volando a buscar a las chicas, que ya estaban en casa e incluso asustadas.

—¿Dónde te metes, Camila? Joder, qué susto—Rebeca estaba que cazaba moscas.

—Chica, es que estábamos ya por llamar a la policía. Ni una noticia de ti a la salida ni apareces por casa... Nos vas a matar un día de un susto, no sabíamos que vivir contigo era como ir en una montaña rusa—Alba sucumbió sus palabras.

—Perdonad, sé que he sido muy desconsiderada, pero es que me he entretenido más de la cuenta en el despacho de René—les conté mirando hacia el suelo.

—¿En el despacho de René? No nos vayas a decir que allí había nada que limpiar, porque esa parte del hotel no nos corresponde a nosotras—repuso Alba.



—El sable, tenía que limpiarle el sable a René, ¿no es así? —intervino Rebeca.

—Menos coña que la hemos liado parda, pero parda.

—¿Y eso? ¿No me digas que lo habéis hecho sin condón y que en cualquier momento podemos ver a un Renecito corriendo por los pasillos del hotel?

—En serio, menos coña... Que nos ha pillado Kalyna, todavía no nos había dado casi tiempo a nada cuando...

—¿Os ha pillado haciendo “guarreridas españolas”? —Alba imitaba muy bien a Chiquito de la Calzada y, pese a lo chungo de la situación, me sacó la risa.

—Sí, chicas...

—¿En pleno acto? Se le tiene que haber quedado como la de un niño de tres años, no habrá tenido problema para salir, vaya—Se rio Rebeca.

—Si no estaba dentro, a ver si me explico.

—Sí, hija, explícate porque un libro abierto precisamente no eres, esto parece un enigma.

—Jolines, pues que yo estaba encima de la mesa y él se estaba tomando el postre, ¿me explico?

—¿Que estaba en pleno cunnilingus? —A Rebeca se le abrieron los ojos como platos.

—¡Mi cunnilingus, quiero mi cunnilingus! —En ese momento pasó Alba a imitar a Estela Reynolds, que tampoco se le daba mal.

—Madre mía, qué vergüenza...

—No, mujer, vergüenza si se enterara el director, pero me da a mí que en este caso es el principal interesado en que todo esto quede en la más estricta de las intimidades—Se echó a reír Rebeca como una loca y Alba con ella.

—Desde luego que sois pura sensibilidad, vaya dos, ¿os parece bonito? No, si encima va a resultar que todavía la culpa es mía, ya lo veréis...

—Hombre, amenazadita no subirías al despacho, qué tía, las mata callando...—Se partían es que se partían.

—Pues si os estáis riendo con eso excuso deciros cuando os cuente la reacción de Kalyna.

—¿De la reina de hielo? La de las Crónicas de Narnia, porque por mi madre de mi alma que es lo que parece esa mujer. Llevaba tiempo intentando descifrar a quién se me parecía y me acordé anoche. Ahora, que como aparezca por aquí para pedirte explicaciones le pido un buen puñado de delicias turcas—Se carcajeó Alba.

—Qué va, si no le importan las explicaciones, la tía se ha quedado como es, totalmente impasible, y yo alucinada, porque no habría imaginado una

reacción así en mi vida.

—¿Impasible? ¿Sin querer arañarte como un gato ni nada?

—Ni nada de nada y encima resulta que, si la dejamos, se mete en el ajo.

—¿Un trío? ¿Se hubiera animado a hacer un trío?

—Fíate de las impresiones y parece que la tía está muerta.

Hablar de aquello en clave de humor con mis amigas me ayudó, porque lo cierto era que habría sido imposible tratar el tema de otro modo sin venirme abajo.

En ellas siempre encontraba el apoyo que necesitaba, incluso en surrealistas momentos como aquellos en los que no tenía ni pajolera idea de hacia dónde iba mi vida.

## Capítulo 2



No sabía cómo acudir al trabajo al día siguiente, pues después de lo ocurrido se me caía la cara de vergüenza. René debía estar de lo más presionado y yo no sabía cómo actuar después de una reacción tan inesperada por parte de Kalyna.

Por Dios que hubiera preferido que me soltara improperios hasta el día del juicio final, eso habría sido más normal. Pero quedarse como lo hizo me resultó todavía más difícil de abordar.

Qué mujer tan extraña y qué pareja tan impropia. Cielos, qué situación. Y después estaba cómo me miraba él y cómo lo miraba yo, ¿acaso entre ellos se miraban así? Y un mojón pinchado en un palo, ellos sabrían qué era lo que los unía, pero para mí que encontrarlo sería mucho más difícil que buscar a Wally.

Llegué de los nervios al hotel, sin saber la suerte que correría. Incluso se me pasó por la cabeza que todo hubiera sido una farsa por parte de Kalyna para que me confiara y darme el gran palo cuando más tranquila estuviera, ¿cabía esa posibilidad? Pues podía ser que sí, puestos a especular...

Pasé por delante de Ruth y vi que por su parte había absoluta normalidad, por lo que no la habían enterado de nada. Comencé a trabajar y nadie me dijo ni pío, por lo que suspiré un tanto aliviada pensando que había una relativa normalidad.

No fue hasta unas horas después cuando me crucé con Kalyna, que iba hablando en su idioma con alguien por teléfono. Por el amor del cielo, cualquiera la entendía, parecía que llevaba un polvorón en la boca.

Ella no me vio a mí, pero yo la noté un tanto soliviantada. Esperaba que no estuviera contratando un sicario que me dejara seca como la mojama. A ver si tanto bromear con Yurena sobre ese tema y al final era aquella mujer tan fría quien daba el paso.

En un momento dado, se dio la vuelta y me vio. De inmediato, bajé los ojos al suelo, pensando que no tenía ganas de gresca y traté de pasar desapercibida. No me dijo ni por ahí te pudras, absolutamente nada, como si fuera un insignificante insecto. Eso sí, por suerte no detecté en ella ganas de pisotearme.

Había que joderse, sin duda que se llevaría el título a la tía más pasota del mundo entero mundial, ¿qué manera de querer era esa? Cada vez podía entender menos a René, ¿cómo era posible que estuviera con una persona tan extraña, sobre la que no había manera humana de sacar ninguna conclusión?

—Mírala, ¿es o no es la de las Crónicas de Narnia? —me preguntó Alba a la hora de la salida.

—¡Calla, bicho! Que al final lo mismo resulta que le debo hasta el trabajo, porque otra habría montado en cólera y de ninguna manera consentiría que yo siguiera currando aquí.

—Pero para eso hay que tener sangre en las venas y la tía esta debe tener granizada, te lo digo yo—opinó Rebeca.

—O lo mismo es una oportunista que lo único que quiere es disfrutar de una buena posición social con René y le da lo mismo ocho que ochenta, que también puede ser. Desde ese punto de vista, ¿para qué se va a comer el coco?

—Puede que tengáis razón, pero ¿y él no se da cuenta de eso? Porque a mí me pasa una cosa así y veo que mi pareja no se altera lo más mínimo y terminaría pensando que eso ni es pareja ni es nada, nos ha jodido—esgrimí.

—Y nosotras también, pero eso es porque somos muy pasionales y, sin embargo, hay gente que está en el mundo porque tiene que haber de todo. Y seguro que esta mujer o esta extraterrestre o lo que quiera que sea es una de estas últimas, no todas podemos ser iguales. Mira, Alba, la que le lleva dada a Sergio por encontrarlo con otra en un coche y eso que ni se estaban comiendo los morros ni nada.

—Y la que le queda, porque ese parece que no se quiere enterar de que paso de su culo y de que ha perdido mi confianza para siempre. Pero que sé a lo que te refieres, que si los pillo, liados como estaban estos dos, les echo

mano y los arañó, vaya si los arañó. En particular a él, que sería el que más culpa tuviese, pero ella tampoco se iría de rositas.

Justo estábamos hablando de eso cuando nos cruzamos con René y yo le di un codazo a mi amiga, porque esa era capaz de no darse cuenta y seguir largando de lo lindo.

—Buenas tardes, Camila y compañía—nos comentó sin bajar el ritmo de su acelerado paso.

—Buenas tardes, René—le respondí un tanto desinflada pues también mandaba narices que un día antes me invitara a subir a su despacho para lo que lo hizo y ahora me saludara como si fuera una más de las personas que trabajaban en el hotel.

—Huy, vaya careto que estás poniendo, mi niña—me dijo Rebeca—. Y mira que yo te entiendo, ¿eh? Habéis entrado en una dinámica que estáis mareando la perdiz.

—No es eso, es que me vengo abajo porque me gusta mucho y ahora lo que hemos conseguido ha sido meter la pata. Él se dejó llevar por un impulso y yo por otro, no puedo ser más tonta.

## Capítulo 3



Una semana después, las cosas no habían mejorado entre nosotros. Tampoco empeorado, vaya, simplemente René me ignoraba...

—Me cago en todos los cuernos vikingos del mundo—nos comentó Rebeca, que salió indignada de su cuarto.

—¿Y a ti ahora qué te pasa? Yo es que no gano para sustos con vosotras. Con lo bien que se está soltera y os habéis empeñado en amargaros la vida, yo no os entiendo—nos soltó Alba.

Me eché a reír porque es muy fácil decir tonterías, cuando lo cierto es que ella andaba con el run run de Sergio todo el día en la cabeza.

—Que me dejes, que si yo quiero calentarme el coco con el vikingo lo hago, mío es.

—¿El vikingo es tuyo? —le preguntó Alba.



—No, el coco es mío y por eso me lo caliento, ¿y tú de qué te ríes, niña? — me preguntó a mí que me había quedado pillada y no podía parar de reír.

—Porque Alba dice que pasa y lleva toda la tarde bicheando sus redes sociales, aquí la que no corre vuela, ¿y a ti qué te ha pasado con Otis?

—Que este, como es sueco, se debe haber pensado que las relaciones se montan también como los muebles de Ikea, paso a paso. Y yo ya me estoy cansando.

—¿Cansando de qué? Pero si ha estado aquí hace nada para verte, ¿qué es lo que pretendes?

—Pues que vuelva pronto, eso es lo que quiero.

—“ *Dile que vuelva, que vuelva ya, que el tiempo pasa y la vida se va...* ” — comencé a canturrear y me llevé un merecido cojinazo por parte de Rebeca.

—¡Qué brutísima eres! Con lo bonita que es esa canción, de Marisol.

—¡Madre mía! ¿De Marisol? Ya solo falta que cantes por Joselito, “El pequeño ruiseñor”, y tenemos aquí montado cine de barrio, cuando te da por las antigüedades te da, Camilita.

—Es que mi abuela Petra, que en paz descansa, vivía en casa con nosotros y una se ha criado con esa música, ¿qué queréis?

—Que actualices el repertorio, ¿recuerdas lo que has hecho con los pelos y con la ropa? Pues lo mismito.

—Muy graciosa, hay cantidad de canciones modernas que me sé. Cualquiera día nos vamos a un karaoke y se va a cagar la perra, pero también me sé todas esas y bien salada que estaba de niña cantándolas.

Les enseñé un álbum que llevaba escaneado en el móvil, compuesto por fotos familiares en las que aparecía yo de renacuajo, vestida de flamenca y con el micrófono en la mano.

—La madre que te parió, Camila, qué cosa más graciosa, ¿y luego dónde aparcaste el arte, hija de mi vida? —me preguntó Rebeca.

—¿Me estáis llamando sosa?

—Sí y pava—añadió Alba.

—A cojinazos me lío, decidido.

Formamos la de San Quintín en el sofá, hasta el punto de que partimos más de un cojín y las plumas salieron volando, pero con ello echamos adrenalina fuera y nos sentimos mucho mejor.

—En serio, esto de Otis es una locura, ¿no es lo que estáis pensando?

—A ver, muy práctico lo de tener un novio en Suecia no es que sea, chica. Pero si decides seguir con él tendrás que hacer gala de un poquito de

paciencia, que el muchacho no puede estar todo el día en el camino—opiné.

—Es que ese es mi jodido problema, que no sé cómo me he metido en esto. Si yo, cuando tengo novio, soy más absorbente que los tampones, ¿cómo se me ha ocurrido pensar que podría soportar una relación en la distancia? Y cuando digo en la distancia, me refiero a la distancia, que no está precisamente en la isla de al lado, sino en la gran puñeta.

—Un hándicap es, eso desde luego, pero míralo por el otro lado porque también tiene sus ventajas. Tú puedes hacer lo que te salga del moño con la libertad de una soltera y luego tienes a un maromazo la mar de bien dotado cuando viene a verte.

—Ya, ¿y no te has parado a pensar que él también tiene la libertad de hacer lo que le salga de las pelotas como si estuviera soltero? Y anda que me iba a enterar yo, ni que fuera a venir el Inspector Valentino a contármelo, no te fastidia.

—Chica, yo era por dar un punto de vista, porque para una que hay a la que parece que le hacen caso también tiene narices que vayas a dejarlo por tenerlo lejos, que míranos a Camila y a mí, aquí estamos, comiéndonos los mocos.

—Oye, que Camila se estaba comiendo un buen...—le corrigió Rebeca.

—Tú, tú, tú, para el carro que al saber la barbaridad que vas a decir que yo me estaba comiendo cuando nos interrumpieron, que no era así, que me estaban comiendo a mí y qué lástima...

—¿Habéis pensado que ahora mismo somos tres desgraciadas a tiempo completo? Os juro que a mí no hay quien me lo quite de la cabeza— prosiguió, interrumpiéndome.

—Mira, Rebeca, nos vas a hacer entrar en depresión, quédate con el vikingo o mándalo a hacer gárgaras, pero en ese plan no nos vengas, que es lo que nos falta a Alba y a mí—me quejé porque estaba de lo más negativa.

—Tienes razón, ¿y si alquilamos tres gigolós y nos damos la fiesta padre? Para mí que nos podríamos quitar un montón de cosas de la cabeza.

—¿Tú no ideas nada bueno? Todavía no sabes si dejarás o no al vikingo y ya tienes un gigoló en la punta de la lengua, gamberra—la reprendí.

—¿En la punta de la lengua? Qué más quisiera yo, si lo tuviera ahí no veas si estaría entretenida...

## Capítulo 4



Por mucho que mis amigas me hacían la vida lo más agradable posible, allí cada palo tenía que aguantar su vela y ninguna estaba pasando por un buen momento.

—Chicas, yo hoy es que no tengo ganas de levantarme para ir a trabajar— les dije aquel viernes.

—Mira esta, yo, ganas de levantarme para trabajar no he tenido en mi puñetera vida. Ahora nómbrame la palabra “fiesta” y ya está Rebeca entaconada y camino del sarao en cuestión.

—Pero que no es eso, no seas cacho burra.

—¿Y entonces qué es?

—Que René apenas me ha vuelto a dirigir la palabra desde el día de autos, como se dice en los juicios.

—Qué mona eres, siempre con esos términos, tú tendrías que haber estudiado para abogada, que eres la mar de lista. A mí, me hablas de autos y pienso en los coches choque—me soltó Alba.

—Pues tienes que venirte arriba y además pensar en otra cosa, que tampoco Kalyna te ha dado ninguna lata, que si esa se hubiera puesto en pie de guerra salimos las tres andando del hotel, así como te lo digo. Y tú al menos te has beneficiado al buenorro, pero nosotras nos habríamos quedado con una mano delante y otra detrás sin tener culpita de nada—esgrimió Rebeca.

Me hacían reír, las muy bandidas me hacían reír en un momento en el que por mi cabeza pasaban una y mil posibilidades. Cada día se me hacía más cuesta arriba permanecer en Lanzarote e ir a trabajar a un hotel que ya me dolía; me dolían los recuerdos, me dolía la falta de esperanza y me dolía el ostracismo que representaba para mí una vida en la que René no estuviera, pero con el tormento añadido de tener que verlo a cada momento con una tía que era digna de que hicieran con ella un programa de “Cuarto Milenio”, siempre podría proponérselo a Iker Jiménez.

Aquel día llegué a tocar fondo. Lo que no esperaba era que los astros se aliaran de nuevo para que no me ocurriera a mí sola, pues a René también debió pasarle lo mismo.

Fue una casualidad, una pura casualidad la que hizo que tomara por un pasillo cuando mi intención inicial fue atajar por otro. Iba con mi carro de limpieza, tirando de él, apenas sin fuerzas...

Ruth me lo había notado cuando entré y debió verme mal hasta el punto de que me ofreció que me fuera a casa. No acepté porque eso de que el trabajo

dignifica es cierto, si bien también habría que añadir que en ocasiones así ayuda a pasar el tiempo, aunque una no tuviera ganas de nada.

—Camila, ¿estás llorando? —me dijo René cuando llegué a su altura.

No es que llevara toda la mañana hecha un mar de lágrimas, pero una lagrimilla sí se dejaba ver en mis enrojecidos ojos.

—¿Yo? ¿Y por qué leñe se supone que debería llorar?

—Quizás porque no estés pasando por un buen momento, lo mismo que me sucede a mí. Y quizás también tenga parte de responsabilidad en tu sufrimiento porque no me he dignado a volver a hablar contigo después de lo que sucedió el otro día en mi despacho.

—No tengo nada que decir al respecto, eres el director y puedes hacer lo que te venga en gana. Y ahora, si me disculpas, me quedan el ciento y la madre de habitaciones por hacer, no me pagan por estar de cháchara.

Me revestí de dignidad en un momento en el que ya no me apetecía hablar con él. Como bien decía, esperaba que me hubiera dicho algo días antes, pero solo logré que pasara de mi culo.

—¿No tienes a veces la sensación de que estás metida en una rueda y que por mucho que corras siempre estás en el mismo sitio? —me preguntó.

—¿Esto va de algún experimento psicológico o algo así? Yo no tengo complejo de hámster, aunque sí te digo que hay días en que solo pienso en marcharme de aquí—le confesé.

A priori no tenía ganas de charlar con él, pero luego lo miré y lo noté abatido. Qué distintas podrían haber sido las cosas si yo hubiera contado hasta diez antes de aparecer con Guille por aquella maldita fiesta de cumpleaños, ¿hasta cuándo me perseguiría ese sentimiento de culpabilidad?

—¿Marcharte? No, por favor, no te marches. Si lo hicieras me sentiría en parte responsable, yo tampoco he hecho las cosas bien.

—Pues apúntate a la cola, que aquí la especialista en pifiarla soy yo. Lo nuestro venía mal desde el principio, es que no ha habido nada nuestro, si lo miramos con objetividad.

—Y si crees que no lo habido, ¿por qué duele tanto? Porque si te soy sincero te digo que una parte de mí se quedó en aquel velero.

—No sigas por ahí, te lo pido por favor. Por alguna extraña razón tú ahora estás con Kalyna y yo... Yo ya no pinto nada en tu vida. Es obvio que todavía estabas enamorado de ella cuando habéis vuelto, no hay más que decir.

—Claro, tú ya has sentado cátedra, ¿estabas enamorada de Guille cuando volviste con él?

—Yo... creo que no, pero eso es distinto.

—Es distinto porque vemos la paja en el ojo ajeno y no vemos la viga en el propio, Camila, por eso es distinto.



—Yo ya te lo expliqué, Guille siempre había sido mi novio y no pude reprimir la necesidad de ver lo que ocurría con nosotros.

—Kalyna también fue mi novia durante un período de tiempo muy complicado de mi vida, ¿sabes?

—Y no hizo sino añadir complicaciones a tu cabeza, lo sé.

—No, eso es lo que piensan todos los que están a mi alrededor, pero no es la verdad. La verdad solo la conocemos ella y yo.

—Pues no es eso lo que se dice. De hecho, parece ser que le va amargando la vida a todo el que se cruza en su camino.

—No voy a negarte que a veces puede ser una tiquismiquis y poner el grito en el cielo con determinadas cosas. Incluso que las formas la pierden en más de una ocasión, pero ya te digo que para mí fue una tabla de salvación en su momento.

—¿Y eso? De veras que no lo entiendo, es que no lo puedo entender.

—Es que no es fácil de entender, habría que entrar en profundidades que no sé si estoy capacitado para compartir contigo.

—Con ella sí lo hiciste, te lo recuerdo.

—Pero es que ella llegó a mi vida en un momento caótico, en un momento en el que mi familia estaba al borde del abismo económico.

—Eso no tiene sentido y no se corresponde con lo que me has contado siempre, ¿o no es cierto que me has dicho que tus padres prosperaron mucho aquí?

—Y a la vista está. Lo que no te he dicho es que mi padre hace años que arrastra un problema de ludopatía que nos llevó en más de un momento de nuestras vidas a poder perderlo todo. En concreto, hace unos años, se metió en una importante mafia de juego a nivel europeo, no sabes cómo se las gasta esa gente.

—¿Mafia del juego? No había escuchado hablar de eso en mi vida.

—Ni yo tampoco hasta que él me lo contó, cuando se jugó el hotel... y lo perdió.

—Ay, Dios, ahora que lo dices en alguna ocasión le escuché hablar a mi padre de cosas así, de toreros que se habían jugado escrituras de una finca y las perdieron en una noche, allí en Andalucía.

—Pues sí, imagínate lo mismo a lo grande, pues eso. Y Kalyna, ahí donde la ves, es un genio de las finanzas.

—Ya decía yo que algo debía tener y que no era probable que fuera música en el ombligo, que yo a esta mujer no le veía la gracia por ninguna parte.

—No, no te niego que sea una persona estirada y un tanto extravagante.

—O bastante, según se mire.

—Correcto, pero también es una mujer leal que puso toda la carne en el asador para ayudarme a salir del atolladero. Y lo hizo...

—Madre mía, qué lío, ¿gracias a ella pudiste salvar el hotel?

—Correcto y créeme que lo di por perdido en más de un momento. No te imaginas la presión, de haber sido así, mi padre se habría pegado un tiro en la cabeza. Él cree deberle a mi madre muchas cosas y jamás habría podido superar el darle un disgusto así.

—Dicen que en todas las casas cuecen habas, pero me da a mí que en la tuya las cuecen en un caldero más grande que la olla del cuartel.

Yo ya sabía por Yurena lo del tema de la infidelidad de aquel hombre y de ahí que no quisiera que su mujer pasara por más sinsabores. Muy buena cabeza tampoco debía tener, a pesar de que Yurena siempre me lo hubiera pintado como el salvador de su padre y de ella.

—Sí, no nos han faltado problemas y todo lo que conservamos hoy en día ha sido de chiripa.

—No me hablaste de nada de esto cuando te referiste a tus padres, en el velero.

—Porque como tú comprenderás no es de esa parte de la que me gusta hablar con respecto a mi padre. Prefiero quedarme con esa otra parte luchadora que le hizo crear un día un imperio de la mano de mi madre.

—Total, que te enamoraste de Kalyna porque era un coco pensante, además de una tía espectacular.

—Sé que su belleza no es del gusto de todos, pero a mí me encandiló. Y cuando ya me ayudó de la forma que lo hizo, pensé que nuestros caminos permanecerían unidos para siempre. Ella solo tiene una hermana, Anka, por lo que no dudó en venirse a España a vivir, incluso Anka también lo hizo.

—¿Dónde la conociste?

—Justo en París, en un congreso y en otro nos hemos reencontrado en la misma capital. Por eso pensé que era una señal del destino, una increíble señal que solo podía ir en una dirección; en la de que volviéramos a estar juntos.

—¿Y yo no representé nada para ti?

—Tú representaste la felicidad, con Kalyna conocí el agradecimiento, pero con nadie como contigo me he reído y he disfrutado. En los pocos días que estuvimos juntos llegué a quererte y a hacerme unas impresionantes ilusiones, las mismas que tiraste al carro de la basura cuando apareciste con Guille de la mano.

—¿Me estás siendo sincero?

Necesitaba saberlo, necesitaba poner todas las cartas encima de la mesa, necesitaba saber a qué estábamos jugando.

—Al cien por cien, ¿qué ganaría mintiéndote?

—Entonces, ya que aludes a esa sinceridad, ¿por qué rompiste con ella?

—Muy sencillo; porque Kalyna se empeñó en ser madre y yo, después de todos los problemas por los que acabábamos de pasar, no di mi brazo a torcer, me cerré en banda.

—¿No quieres tener hijos?

—Al menos no quería tenerlos en esos momentos. Verás, después de aquello comenzamos una vida en la que no parábamos de viajar, también su hermana venía muchas veces con nosotros. Raro era el mes que no visitábamos alguna capital europea, nos pegábamos la vida padre. Y yo me sentí por primera vez en libertad; llevaba años soportando una pesada carga sobre mis hombros y entonces viví aquella experiencia como si no hubiera un mañana.

—Y supusiste que un niño os ataría de pies y manos, ¿no es así?

—Correcto, pero lo que no esperaba era que Kalyna se metiera en una depresión como lo hizo.

—Ella quería ser madre a toda costa, quién lo diría si parece que no siente ni padece. Y encima, también se dice, se comenta y se rumorea que roza la anorexia.

—Y es cierto, pero todo eso viene del mismo lado, de la enorme depresión en la que se metió.

—Madre mía, qué marrón, ¿y qué pasó?

—Pues que terminé por dejarla, pero sin darle explicaciones a nadie. Al desaparecer de mi entorno y verme sufrir como un bellaco, todos pensaron que ella me había hecho mucho daño y luego dado una patada.

—Ya, de ahí que nadie supiera apuntar el motivo de vuestra separación.

—Así es. Y resulta que en París me la volví a encontrar, ya repuesta, de nuevo bien...

—Y te propuso volver, claro.

—No, se lo propuse yo a ella.

—Ay, Dios, pero entonces sería con la promesa de...

—Se me nubló el sentido, sí, con la promesa de tener con ella ese hijo que tanto ansía. Yo me encontraba muy mal después de haberte perdido, sin rumbo... Y en ella volví a ver esa brújula que un día me indicó el camino. Esta vez se vino sola, sin su hermana, que está por ahí, dando vueltas por el mundo.

—Madre mía, ahora la que está perdida soy yo. Lo veo claro, no podrías deshacerte de ella en la vida, ¿cómo lo vas a hacer? Y tendrás que ser padre.

—Correcto y encima, cuando llego de nuevo a casa, me encuentro con que tú estás sola y sin compromiso. Y eso se traduce en que he perdido la

posibilidad de ser feliz contigo, porque no encuentro las fuerzas para dejarla por segunda vez.

Hasta yo me apiadé de aquella mujer que, pese a su supuesta fortaleza exterior, era débil por dentro.

—Es que entiendo que si la dejas corres el riesgo de que vuelva a sumirse en otra depresión similar.

—Y esta vez sería yo quien no podría aguantarlo, porque tendría la sensación de haberle fallado a lo bestia.

—Lo entiendo perfectamente, no quisiera estar en tu pellejo...

—Gracias por entenderme.

—Oye, pero hay una cosa que de veras que no comprendo.

—Ya, lo supongo, te refieres al hecho de que se tomara con tanta parsimonia lo que estábamos haciendo el otro día, ¿no?

—Eso es—asentí.

—Ya te he dicho que Kalyna es una mujer inteligente y, pese a que no le dije nada, intuyó que ha habido alguien de por medio.

—¿Y eso no le remueve por dentro? Porque a mí me mataría y más viéndolo en vivo y en directo como lo vio.

—Sí, pero tiene un autocontrol bestial y en el fondo pensó que, si yo tenía sexo contigo, terminaría tomando una decisión; tú o ella y que no debía influir para nada. Quiso dejar el mundo correr y que yo eligiera en base a mis sentimientos.

—¿Y ni ganas de desmoñarme ni nada?

—No, ya te digo que ella viene de pasar mucho y quería tener la certeza de que yo tomaba una decisión no forzada, la que quisiera.

—Pero eso no tiene sentido, porque en el fondo tú sí te estás viendo forzado por otras circunstancias.

—Por otras circunstancias que ella desconoce, pero no quiso influir en lo nuestro.

—Pero mira que yo llegué a pensar que quería algo conmigo también. Y no estoy loca, ella lo dijo.

—Ahí sí que echó mano de la ironía. No solo es una mujer inteligente, sino también calculadora. Te estaba poniendo a prueba, también es muy orgullosa y no quería demostrar que le hacíamos daño.

—Joder con el autocontrol, qué tía. Desde luego que esa no se parece a mis amigas ni a mí, por mucho menos le ha montado Alba unas zapatistas a Sergio que todavía lo está flipando.



—Sí, que el pobre ya no sabe lo que hacer para recuperarla. La quiere, tenlo por cierto. Hace años que lo conozco y sé del pie que ha cojeado toda la vida. El Sergio que va llorando por los rincones tras Alba no es el sinvergüenza de antes.

—Ninguno de nosotros es ya el de antes—le aclaré.

## Capítulo 5



Llegué a casa desolada, más que nunca. No abrí el pico en todo el camino y las chicas se preocuparon, como es lógico.

—Camila, ¿qué te pasa? Ni siquiera me has preguntado por lo que he hablado con Otis—se extrañó Rebeca, quien recibió su llamada a la salida del trabajo.

—Perdona, pero es que estoy un tanto distraída.

—Eso ya lo veo, pero es que aparte parece que te has quedado muda.

—No tengo muchas ganas de almorzar, creo que me voy a tumbar un rato.

Así lo hice. Tenía ganas de llorar, pero mi instinto de supervivencia me dijo que debía tirar hacia delante y buscar soluciones. Abrí el ordenador y pensé en un cambio total, en un cambio que me llevara a otro punto de la geografía española, tan distante de Canarias como de mi Andalucía, a la que tampoco pretendía volver por el momento.

—Griselda, ¿es posible que tú me dieras cobijo en tu casa unos días? —le pregunté a una de las chicas de la tribu, que era de Madrid.

—Unos días y unos meses, qué alegría más grande, ¿vas a venir a verme?

—Me gustaría, sí, pero no tengo demasiado dinero.

—Por eso no te preocupes, que seguro que nos apañamos divinamente.

—Es que quisiera buscar curro y no sé qué posibilidades tendré.

—De directora general no te van a colocar en ninguna compañía, pero si no eres de esas personas a las que se le caen los anillos, ten presente que currarás. Y en mi casa te puedes quedar todo el tiempo que quieras, ahora vivo sola y me encantaría tenerte aquí conmigo.

Tampoco la conocía personalmente, pero era una de las chicas con las que más había empatizado desde mi ingreso en la tribu. Y sabía que era de confianza porque todas hablaban maravillas de ella.

—¿Sí? Madre mía, ojalá que encuentre algo porque yo lo que quiero es pagarte alquiler desde el principio.

—¿Y qué alquiler me tienes que pagar si yo no tengo hipoteca? ¿No te acuerdas de que te dije que este piso me lo dejó mi abuela en herencia?

—Bonita, pero te lo dejó a ti, no a mí.

—Olvídate por completo, ¿somos amigas o no somos amigas? Tú vente, que nos lo pasaremos genial. Y, además, hoy por ti y mañana por mí.

Lo había decidido en el trayecto a casa; sabiendo que no tenía ninguna posibilidad con René, no me apetecía para nada quedarme en Lanzarote. Y no la tenía por la simple razón de que yo sabía muy bien que era un hombre de principios y que no podría llegar a ser feliz conmigo si la dejaba tirada a ella. Tampoco sería feliz con ella, pero ahí nada podía hacer yo.

—Claro que lo somos, pero lo último que quiero en el mundo es aprovecharme de ti. Ni de ti ni de nadie, puedo tener muchos defectos, pero no soy una aprovechada.

—¿Tú? ¿Muchos defectos tú? Vamos, chiqui, pero si en la tribu te tenemos por la niña más buena del mundo, eres un cachito de pan.

—¿Sí? Pues créeme cuando te digo que este cachito de pan también ha hecho muchas cosas mal y daño a alguna que otra persona sin pretenderlo.

## Capítulo 6



—Ey, Ruth, ¿cómo va todo? —le pregunté por la mañana, porque mucho no es que habláramos últimamente.

—Tengo novedades, bonita, pero he estado más liada que un trompo con eso de que vamos a celebrar aquí un congreso y ni tiempo de hablar contigo he tenido.

—Es verdad, tampoco he querido atosigarte porque te he visto de allá para acá todo el día.

—Sí, porque además parece que me han salido ruedas en los pies... desde que Miguel Ángel me besó.

—¿Te ha besado? No me digas, qué bonito. Ains, ¿cuándo me lo pensabas contar? ¿Tú sabes lo que me alegra? Las amigas se cuentan las cosas.

Ruth se había convertido en eso, en una amiga, pese a que nos pareciéramos como un huevo a una castaña y perteneceíamos a diferentes generaciones, aquella mujer era mi amiga y yo lo sentía así.

—Tienes razón, cariño. Pues sí, que el viernes cuando salimos de ensayar....

—Ensayasteis también un beso, ¿no?

—Pues sí. Y, además, no creas que vas desencaminada. Porque el muy bandido no me había comentado el día que me adjudicaron el papel que los personajes se terminan besando.

—Y te quedaste con las patas colgando cuando lo supiste, ¿no es así?

—Totalmente. De hecho, me puse muy nerviosa y él me lo notó.

—Ay, qué graciosa. Me gustaría haberte visto por un agujerito, como si fuera un pajarillo.

—Pues sí. Total, que al final de la obra él me dijo que eso nos saldría muy natural y que si tal y Pascual, que no me preocupase de nada.

—Y a ti los nervios no se te pasaban ni por cachondeo, parecería que allí estaban dos Ruth en vez de una.

—Exacto. De manera que, al salir, yo no sé cómo lo hicimos, que íbamos charlando de esto, pero de muy buen rollo, ¿eh? Riéndonos y tal y él, de repente, se para y me dice, “pero mujer, si es muy sencillo, mira...” Y va y me besa.

—Ya, de modo que aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, hizo eso que estaba deseando, ¿no es así?

—Totalmente, porque yo veía que lo estaba deseando desde el primer día.

—Lo mismo que tú, por mucho que disimules debajo de esa fachada de mujer dura.

—Luego no soy nada, tú lo sabes. Tengo que pedirte perdón, porque cuando te conocí estaba tan amargada...

—¿Eso cuándo fue? Si yo no lo recuerdo.

—Eres muy buena, pero claro que lo recuerdas. Y más todavía tus amigas, que esas me la tienen jurada.

—Ni caso, también son muy buenas personas, aunque no hayan conectado contigo igual. Nosotras es que nos hemos hecho amigas, porque ya lo somos, ¿verdad?

—Claro que lo somos, nos lo contamos todo, ¿no?

—Mujer, todo, todo... No me pongas tampoco en ese apuro.

—¿En ese apuro? Así que te traes algo entre manos, ¿no es así?

—Tú sabes que soy especialista en meterme en líos, ¿a que sí?

—Un poquito bien se te da, no te voy a quitar méritos—Me sonrió.

—Pues eso, chica, que no sé cómo me las apaño, pero que el otro día me lie con René en su despacho. Y no contenta con ello, nos pilló Kalyna.

—¿Qué dices, insensata? ¿Por eso se fue corriendo con el coche? La vi salir volando.

Era lógico que ella pensara así, pero no. Según me contó René, aquella discusión ocurrió porque en algún detalle le pilló que él no es que estuviera loco por ser padre y tener un hijo con ella.

—No, por ahí se lio la pita, que René me llamó a su despacho. Y entonces fue cuando subí y se montó el numerito. Por lo demás, ella no salió corriendo cuando nos encontró juntos, no... Volvió de sorpresa y nos atrincó, pero en lugar de montar la de San Quintín, un poco más y se une a la fiesta, faltó que le diéramos un poquito de pie y ya...

—¿Qué dices? Esta tía está loca, pero loca de que necesita una camisa de fuerza por mucho que ella no lo sepa. Jesús, lo que hay que oír... Yo la tenía por fría, pero va a resultar que es un témpano de hielo o una de esas personas a las que les gusta mirar.

—Sí, de algún palo raro va.

Yo no le comenté la teoría de René al respecto, porque eso sí que pertenecía ya a su más estricta intimidad. Tampoco le contaría absolutamente nada del resto de las cosas que me confesó sobre su relación con ella, pero además es que a mí su teoría de por qué actuó así me resultó muy poco creíble.



—Madre mía, criatura, ¿y ahora qué? ¿Te está molestando esa fulana? Porque si se ha creído que te va a hacer la vida imposible, se equivoca de pe a pa, que se lo meta en su sofisticada cabeza.

—No, no, tranquila, que no se ha dado por ofendida ni nada. Sigue tratándome como siempre, es decir, como si no existiera.

—De veras que todo esto no puede ser más raro, si yo fuera detective me ponía a investigar que hay detrás.

Me eché a reír y ella detectó que, en parte, mi risilla era un poco maliciosa.

—Tú sabes más de lo que cuentas, te lo veo en los ojos.

—No trates de sonsacarme que te he contado hasta donde he podido, hermosa.

—Vale, vale, me quedaré con la intriga. Y tú, ¿qué vas a hacer ahora?

—Me voy a Madrid con Griselda, una amiga de la tribu.

—No, no, no, a Madrid no te puedes ir, ¿cómo va a ser eso?

—Pues cogiendo un avión y marchándome. Yo ya no pinto nada aquí, de verdad que no, Ruth. A partir de ahora, lo único que haría sería sufrir.

—A ver, pero yo no entiendo una cosa, ¿tú no crees que si él acudió a ti en cuanto estuvo mal con ella es porque significas algo en su vida? Todavía te tiene en mente.

—Vale, igual tienes algo de razón, pero a Kalyna no la va a dejar, eso ya te lo adelanto.

—Claro, ¿cómo va a dejar a una joyita así? La madre que me trajo al mundo, lo que hay que ver, ¿estás segura de lo que dices?

—Tan segura como que es de día, así que me tengo que ir, Ruth.

—Chiqui, no hace falta que te confirme que me estás volviendo loca, ¿no? Ahora me voy, ahora me quedo, ahora me lio con el jefe, ahora no...

—Son cosas que pasan, pero de esta isla me llevo muy bonitos recuerdos y grandes personas en el corazón. Además, que esto no es un adiós, sino un hasta luego.

—Pues las lágrimas que me comienzan a salir de los ojos son muy auténticas, ¿eh? Que estas no tienen nada que ver con que ahora haga teatro.

## Capítulo 7



Esa tarde también les comuniqué la decisión a las chicas y treparon por las paredes.

—¿Otra vez este sufrimiento? No, guapa, tú no te vas a ir. Si hace falta, sobornamos nosotras a Griselda para que no te acoja, pero esto no puede ser.

Las dos estaban más cabreadas que un mico, con los brazos cruzados delante del pecho y con cara de malas pulgas.

Está decidido, esta vez sí que haré las cosas en condiciones, en tiempo y forma. Voy a hablar con Sergio mañana para decirle que me prepare la cuenta en quince días.

—Cualquiera te baja del burro, pues nada, tú misma. Ahora, que igual te digo que cuando cae el burro, se le dan los palos y tú de esto te vas a arrepentir, bobita, la misma vida te va a dar esos palos por no haberte quedado.

—Rebeca, que yo necesito cambiar de aires. ¿y tú cómo vas con el vikingo?

—Eso se llama cambiar de tercio por toda la cara—le advirtió Alba.

—¿Con el vikingo? Ni me hables, ya lo he dejado también, le planteé un ultimátum y no aceptó, así que puerta...

—Un ultimátum imposible de cumplir, guapita, que a ver cómo podría el muchacho agenciárselas para venir cada dos semanas a verte, ni que fuera Bill Gates—opinó Alba.

—Pues eso es lo que hay, ya le dije la última vez que vino que yo me estaba enamorando y que cuando me enamoro lo quiero todo o no me quedo con nada.

—Lo dejarías emocionalmente baldado, va a pensar que todas las españolas somos unas locas y unas ansiosas.

—Claro, como que las extranjeras están buenas del moño, no te toca las narices. Nada más que veas a la extraterrestre esa de las hombreras, la del jefe, que a veces no me sale el nombre. Pues eso, que es todo un ejemplo de serenidad.

—Y que lo digas, cuando Camila está con todos los pelos intactos lo es—ironizó Alba.

—¡Anda ya, mujer! ¿Quién se va a creer eso? Esa o está fatal de la chota o persigue un interés, a mí no me la da.

—Yo pienso lo mismo—repuse.

—Pues naturalmente, los hombres es que la mayoría son tontos.

—Sí, mi madre siempre hacía la broma de que se dividían en tontos de nacimiento o en tontos de capirote, según les gustara la Navidad o la Semana Santa—Me reí.

De nuevo estábamos las tres sin pareja, eso sí, tan unidas como siempre, porque nosotras podíamos decirnos las verdades como puños a la cara, lo que no quitaba para que no nos enfadáramos y pudiéramos contar las unas con las otras.

—Tontos o muy listos, como Sergio, que ese se pensaba que se las sabía todas y le ha salido el tiro por la culata—argumentó Alba.

—Pues mira, de las tres historias, yo es a la tuya con Sergio a que le veo algo más de posibilidades, qué quieres que te diga.

—Sí, claro, unas posibilidades locas, con un sinvergüenza que me iría corneando por toto el hotel y por lo que no es el hotel. Si no me importa llevar peso en la cabeza, es el tío ideal.

No había por dónde entrarle. Ni un resquicio encontrábamos Rebeca ni yo para tratar de convencerla de que detrás del sincero arrepentimiento de Sergio solo podía haber un corazón enamorado, pues de otra forma no tendría ningún sentido.

—Chicas yo sé que todavía es juernes, pero nosotras lo que necesitamos es una copa esta noche, ¿quién se apunta?

—Yo me pongo unos vaqueros y ya estoy en la calle contigo—Rebeca se cogió a mi brazo.

—Y tampoco os vais a librar de mí. Si te vas a ir, tendremos que despedirte, gansota, que eres una gansota.

—Oye, Alba, que esa expresión es mía, al final te la vas a quedar.

—Exacto y tú calladita que estás más guapa o a la ducha helada que vas.

—No, no, porfi, tengamos la fiesta en paz, que cuando me vaya echaré muchas cosas de menos, pero no será esa.

—De eso nada, le tenemos que pasar la fórmula a Griselda para que te aclare las ideas siempre que sea menester, que tú de vez en cuando te quedas cogida y hay que espabilarte.

—No vayáis a decir que no he espabilado desde que estoy aquí. Además, he decidido que voy a hacerme un piercing en el ombligo y un tatoo antes de irme.

—¿Un piercing y un tatoo? Sí que estás desconocida, sí.

—¿Y si nos tatuamos las tres lo mismo? ¿No os animáis?

—¿Un tatoo igual para las tres? Es una bonita forma de sellar nuestra amistad, yo lo veo—opinó Alba.

—Y yo también, pero tendremos que pensar bien, que no nos vamos a tatuar el mojón del WhatsApp, vamos digo yo—reflexionó Rebeca.

—No, ni la flamenca tampoco, hay que buscar algo chulo, algo que tenga que ver con la tribu, ¿vale?

## Capítulo 8



—Sergio, que vengo a pedirte la cuenta y esta vez es de verdad, ¿eh? No te voy a marear más.

—¿Otra vez? Chica, a ti no hay manera de retenerte en esta isla, te voy a tener que atar.

—No, no, para jueguitos sexuales mejor te buscas a Alba, que seguro que os lo pasáis de lujo.

Yo no habría sido capaz ni de coña de gastar una broma así antes y mucho menos a un hombre, es que no habría sabido dónde meterme después de decir algo así.

Sin embargo, se lo solté y me quedé tan campante.

—Sí, creo yo que en eso es en lo que está pensando ella, en jueguitos sexuales conmigo.

—Todo se andará, tú no tires la toalla.



—Pero ¿te refieres en esta vida o en otra? Mira, vamos a dejarlo porque me lo tengo más que merecido.

—¿Te puedo dar una idea?

—Claro, cualquier cosa será bienvenida.

—A ella le encantan las estrellas, ahí te dejo un cabito del que tirar.

—¿Las estrellas? Huy, que ya la estoy viendo, capaz es de decirme que le debo bajar una para que me perdone... Y tú te vas por Kalyna, ¿no? Si es que se te ha puesto aquí un potaje de agrio...

—Me voy y punto, ¿vale? No quiero dar más explicaciones.

—Claro, mujer, pero déjame decirte que conozco a René desde hace tiempo y que él siente algo por ti. Y algo fuerte, no me refiero solo a una simple atracción.

—Lo mismo sí, pero cuando las cosas no pueden ser no pueden ser y además son imposibles.

—Con ese argumento, cualquiera te rebate nada, bonita.

Sali del despacho de Sergio con la satisfacción de estar haciendo las cosas bien por una vez. No pensaba tener ningún miedo a poner tierra de por medio. Es más, me ilusionaba partir de cero en un sitio nuevo, aunque

también tenía mucho miedo de meter en la maleta los recuerdos de lo vivido en la isla, aun sin pretenderlo. Y no era ya eso, sino la posibilidad de que tales recuerdos me fustigaran allá donde fuera.

Como una horita después de haberle pedido la cuenta a Sergio, me crucé con René en el lugar que menos esperaba; en las escaleras.

—¿Estás...? —le pregunté de lo más extrañada, pues llevaba un cigarrillo entre los dedos.

—¿Fumando? Aquí no, ya sabes que está prohibido. Alguien podría verme y se lo diría al director—bromeó.

—¿En serio vas a encender ese pitillo?

—En cuanto llegue a la calle, sí—afirmó.

—Pero si tú no fumas o yo al menos nunca te he visto fumar.

—Solo cuando estoy metido en un lío, solo entonces. Cuando estuvimos a punto de arruinarnos, tendrías que haberme visto, fumaba como un carretero.

—No lo habría imaginado en la vida, el tabaco no va conmigo.

—Y haces bien, pero si voy perdiendo cosas que me importan, necesito sustituirlas con algo, ¿vale?

Por su mirada, comprendí que por “cosas” quería decir “personas” y por “personas” quería nombrarme a mí. Falsa modestia aparte, se lo leí en los ojos. René se estaba derrumbando y yo tenía la absoluta certeza de que debía salir de la isla antes de que uno de los cascotes me diera a mí y me dejara herida de muerte.

Era una cuestión de simple supervivencia, él agarraba el cigarrillo y yo el avión.

—Me voy René, me voy de Lanzarote...

Había decidido que me iría a la francesa, sin decirle nada, pero no tuve valor. Aunque, desde otra perspectiva, hacía falta más valor para confesar mi marcha que para ocultarla.

—¿Te vas? ¿Muy lejos?

—A Madrid, me voy a Madrid.

—¿Y qué se te ha perdido allí, Camila?

—¿Y qué tengo aquí, René? —Ya que íbamos a teorizar, lo haríamos los dos.

—A tus amigas, tienes a tus amigas.

—Ya, Rebeca y Alba son como mis hermanas, pero ¿sabes lo mejor? Que la tribu está por todas partes. Y fíjate que cuando te digo por todas partes no

solo me refiero a España, sino también al resto del mundo, lo cual se traduce en que allá donde vaya siempre tendré una amiga. Y en Madrid, aparte de a otras chicas, tengo a Griselda, que es un amor.

—Me alegra escucharlo, aunque no quiero que te vayas, no puedo mentirte.

—No, nosotros nos merecemos decirnos ya la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, ¿no se dice así en los juicios?

—Sí, al menos en los de las pelis americanas, no sé aquí, que no tengo yo demasiada experiencia en juicios, por suerte. Oye, ¿y tú por qué no te hiciste abogada? Se te habría dado bien, te encanta.

—Uff, porque a mí se me complicó mucha la vida, no es que tuviera demasiadas oportunidades, por eso.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, ¿sabes?

—Jaja, en mi tierra no se puede decir eso, que enseguida cambiamos la “d” por la “p” y ya está el lío.

—Lo sé, lo sé, la conozco muy bien, también es la mía.

—Algunas veces se me olvida, como tú no naciste allí...

—No, porque en ese tiempo mis padres vivían a salto de mata, por cuestiones de trabajo, pero después sí que nos asentamos allí y viví una buena parte de mi infancia, ¿sabes?

—La vida es un poco caprichosa, ¿no te parece?

—Sí que lo es y un poco jodida también, algunas veces. Cuando crees que las cosas marchan, te da un palo de categoría y tienes que volver a empezar. Y lo peor es que en ocasiones no puedes volver al punto en el que estabas y pierdes lo que quieres.

## Capítulo 9



Después de un fin de semana que pasé como un alma en pena, pese a que hice cosas con las chicas, quedé esa tarde con Yurena.

—¿Te vas? No, no puede ser, la estúpida esa no puede haberte ganado la partida, dime que no es cierto—se quejó.

—No estamos jugando al ajedrez, mi niña. Y, aunque lo estuviéramos haciendo, ella sería la reina porque está en una posición mucho más ventajosa que la mía, ¿o es que no lo ves?

—La reina de mis ovarios es esa, tenemos que trazar un plan legal para quitarla de en medio, porque me temo que matarla muy legal no es, aunque sea un mal bicho.

—Tampoco creo que sea un mal bicho, todas las personas tienen su parte buena. Incluso ella debe tenerla.

—Sí, hombre, una parte estupenda tiene esa. Creo que va a optar al Premio Nobel de la Paz, la muy desgraciada.

—No seas tan dura, si René la quiere será por algo.

—No me hagas hablar que ya le hizo bien la puñeta una vez.

—¿Y si no hubiera sido tan así? ¿Cómo se te quedaría el cuerpo?

—Tú sabes algo que no me has contado, te lo estoy notando en la mirada.

—Quizás sepa algo, pero es cierto que no te lo puedo contar, se lo prometí a él. Quédate con que no es tan mala persona y punto, ¿vale? Quizás con el tiempo hasta podíais ser amigas.

—¿Amigas esa y yo? No, hija, para ser amigas se requiere, como mínimo, haber nacido en el mismo planeta. Y no es el caso, te lo digo yo, que esa debe haber nacido en el que se lleven las hombreras más grandes.

—¿Y si te dijera que nos pilló liados a René y a mí y lo ha dejado pasar por debajo de la puerta?

—¿Qué me estás contando? ¿Te has liado con él?

Eso sí que se lo conté, porque también me incumbía y ella flipó en tal variedad de colores que muchos no debía ni conocerlos.

—Si yo fuera él no confiaría ni lo más mínimo en una tía a la que no se le remueve nada con una escenita así, a no ser que piense seguir haciéndolo, porque entonces la tía es un chollo. A ver si va a ser eso—bromeó.

—Al saber, bonita, a mí hay cosas de ella que no me cuadran, eso está claro. Oye, él me habló de una tal Anka, hermana suya.

—Sí, “la ancas de rana” la llamaba yo. Otra que mejor baila, también más rara que un huevo con cejas, la tía. Y con unas patas así larguísimas como las tuyas—suspiró.

—Veo que te cae bien toda la familia.

—Sí, con decirte que preferiría ver a René antes en la familia Adams que en la de esas dos, ya te lo digo todo. Pero que la otra no ha venido esta vez, ¿no?

—Por lo visto no, que debe estar viendo mundo.

—Pues a tomar muchísimo por saco por ahí, que aquí no se le ha perdido nada. Te juro que para mí que vician el aire de la isla.

—Este aire no hay mal bicho que pueda viciarlo, tienes que hacerme unas cuantas fotitos de recuerdo, ¿vale?

—Claro. Mira, vamos allí atrás, que hay una pequeña casetita blanca y azul con el mar de fondo en la que salen que son postales.

—Tampoco te me vengas muy arriba que yo no he venido arreglada, ¿eh?



—Ni puñetera falta que te hace, pues anda que no estás mona con tus Converse y tus shorts vaqueros, de dulce estás.

—Lo que yo te diga, que no te me vengas muy arriba, que te veo venir y me da susto.

—¿Susto? No me hagas hablar, no me hagas hablar, por favor.

Fuimos caminando hacia la caseta que me comentó, que efectivamente era una cucada, y la intensidad del mar tras ella me dejó obnubilada.

—¿Ves? Reconozco que esto sí que lo voy a echar muchísimo de menos cuando esté en Madrid, eso es innegable.

—Y tanto, ¿a quién se le ocurre?

—Pero tú vendrás a verme, ¿eh? Que no podemos perder el contacto.

—Claro que iré, para las fiestas del orgullo gay. Y lo mismo, cuando quieras darte cuenta, estoy ahí dándolo todo en lo alto de una carroza.

Con ella nunca faltaba una buena risa y eso que su vida era más un valle de espinas que de rosas. Desde luego que todo era cuestión de actitud, a qué negarlo.

—Venga sonrío un poco, piensa que tienes un maromazo ahí detrás diciéndote cosas guarras.

—Mira que eres—Sonreí, lo logró con sus majaderías.

—¡¡Guau!! La foto de tu vida te he sacado, la foto de tu vida...

—Bueno, bueno, mi niña, sí que es verdad que estoy bien, de lo más natural.

—¿Bien? Mejor no te digo lo que te haría porque saldrías corriendo y no te me vayas a caer al agua, que no sería plan.

—Cierto, que además no veo aquí a ningún socorrista de la playa, aunque yo tengo un trikini rojo que decía Guille que sí que parecía uno de ellos.

—Tú sigue provocando que te vas a ir a Madrid con el premio gordo, ¿quieres comprobarlo?

—No, bonita, lo vamos a dejar, que yo soy fiel a eso de “mejor creerlo que no averiguarlo”. Te voy a echar de menos, enana, ¿sabes? Yo ya también te siento un poquito como si fueras mi hermana chiquitina.

—Ains no me digas eso, que se me cae todo, tú no te imaginas lo que habría supuesto para mí tener una hermana, ese sería el sueño de mi vida. Pero como mi familia siempre ha sido un puto desastre, pues eso, me quedé sin hermana y sin perrito que me ladrara.

—Lo del perrito todavía lo puedes arreglar.

—No creas que no me encantaría, que me flipan, pero con tanta faena como traigo siempre entre manos...

—Ya. Oye y otra cosa, tenemos que quedar para lo del piercing y hasta me voy a hacer un tatoo con las chicas.

—¿Un tatoo? ¿Todas el mismo?

—Eso es la idea.

—Es una idea muy chula, ¿y si me uno a ella?

—Lo que pasa es que nos vamos a tatuar algo relacionado con la tribu, eso sí.

—¿Y no podría entrar yo en esa tribu?

—¿A ti te gustan las historias románticas? —le pregunté extrañada.

—Pues sí, que yo no soy ninguna analfaburra, por mucho que vaya así de que paso de todo.

—Claro que no, chica, pero que no te veía yo a ti esa venilla. Pues nada, no veas si se van a poner contentas las chicas cuando te presente. Y ve pensando en un tatoo guapo, que aceptamos ideas.

—Qué guay...



## Capítulo 10



Yo no sabía lo que le ocurría a esa mujer, pero Kalyna estaba un tanto fuera de sí. Por segunda vez en pocos días la pillé hablando por teléfono de lo más soliviantada y esa vez, sería porque ya conocía el nombre, le pillé el “Anka” en más de una ocasión.

A la vista de eso, parecía hablar con su hermana, que debía estar dándole algún dolor de cabeza, porque no estaba nada contenta, si bien esa la alegría no debía conocerla ni de lejos.

Comencé a limpiar y estaba a tope escuchando la de “... *y recordarás las tardes de invierno por Madrid*” de la Oreja de Van Gogh, muy propia para la época que iba a vivir, cuando llegó Sergio y me quitó los cascos.

—No puedo bajarle una estrella, pero sí ponerle su nombre—me anunció.

—¿Qué dices, locuelo? Las estrellas las acabo de ver yo, que me has pegado un pellizco con los cascos.

—Lo siento, es que venía de lo más entusiasmado.

—Pues por poco me quitas la oreja, que casi me dejas que me tengo que aguantar el pendiente con un papel celo, ¿qué te pasa?

—Que quiero tener un gesto con Alba que no olvide.

—Eso se te da muy bien, ya tuviste uno que le está costando trabajo olvidar —bromeé.

—No seas malilla, que sabes que me ha pesado lo que no está escrito. Y ni siquiera fue con mala fe.

—Ya lo sé, ¿sabes lo que te pasó a ti? Lo del pastor ese que tantas veces jugó con fuego diciendo que venía el lobo que logró que el día que vino de verdad, los demás no lo creyeran.

—Ya, que me lo tengo merecido y no lo niego. Aun así, quiero a Alba y sé que con ella será diferente.

—Va a serlo a la fuerza, que yo mantengo mi amenaza—Enarqué una ceja.

—Qué cara de sádica pones, me vas a provocar pesadillas.

—Pues ya sabes, “no la hagas, no la temas”, ¿y qué es eso que quieres decirme sobre las estrellas? —le pregunté mientras que me acariciaba la oreja, que me la había dejado hirviendo.

—Que he pensado en ponerle su nombre a una estrella, ¿se te ocurre algún detalle más romántico?

—Guau, la verdad es que telita, ¿y eso cómo se hace? Porque por la gloria de Cotón que no te imagino subiendo en un cohete con un rotulador en la mano, por mucho que la quieras.

—No, mujer, hay una empresa que se dedica a eso, por un precio determinado, y se me ha ocurrido que es algo precioso.

—Y más factible que lo del cohete, también te digo.

—¿Tú qué pensarías si alguien te hiciera eso?

—Yo me conformaría con bastante menos, con eso te lo digo todo.

—Ya, te entiendo. Bueno, pues voy a hacerlo, deséame suerte.

—Suerte, campeón.

Era muy mono, lástima que de siempre tuviera fama de golfo, allí si no era por h era por b, pero todos teníamos un panorama amoroso que era la bomba.

Y luego veías a alguna que otra pasar y te quedabas loca, como una que escuché un ratito después.

—Pues a mí esta isla no me gusta, yo creía que me ibas a llevar a las Seychelles, ¿te has enterado? —le dijo una pija de lo más estirada al novio.

Me dio tanto coraje que no pude evitar el echarle una mirada de arriba abajo cuando nos cruzamos por el pasillo.

Y para colmo, el chaval era ideal y ella tenía peores hechuras que el tobillo de un grillo, por Dios qué mal repartido estaba el mundo.

—Pero Olimpia, es que yo no tengo suficiente dinero para invitarte a algo así, que todavía no he terminado la carrera.

Eran muy jovencitos, más pena me daba por él. De haber sido un tío hecho y derecho lo mismo la había enviado a un viaje con sexo gratis, esto es, a tomar por culo.

—Pues deberías, ¿no dicen que se pueden hacer dos cursos en uno? Pero claro, para eso hay que tener más cabeza y tú no la tienes.

Me mordí la lengua a lo justo por no tener allí un rifirrafe bueno, pero qué ganitas me dieron de decirle que al contrario que ella, que cabeza tenía para jalar y tirar por alto. Si parecía una chincheta la muy amargada...

Estaba especialmente cansada ese día y con unas tremendas ganas de irme a casa cuando volví a ver a Kalyna por aquella ala del hotel, en la que no se le había perdido nada, otra vez dale que te pego con el dichoso telefonito.

Quizás el motivo de que su hermana no hubiera viajado hasta Lanzarote esta vez con ella obedeciera a que se estuvieran matando, que era lo que se



deducía del tono de la conversación. Y digo bien, del tono, porque que las comprara quien las entendiera.

Esa tarde en casa me puse a mirar ideas para el tatoo, a la vez que comprobé con alegría que Yurena ya interactuaba con las chicas. A ella le vendría muy bien el grupo porque al pasar muchas horas al cuidado de su padre, se sentiría más acompañada.

Y yo, sabiendo que ella estaba ahí, también disfrutaría de su compañía cuando me fuera a Madrid.

## Capítulo 11



Una pluma cuya punta se iba deshaciendo y esparciendo trocitos por doquier... ese fue el tatoo que elegimos. Lo hicimos así porque la pluma representaba nuestro amor por las letras y la unión entre nosotras, mientras que el esparcimiento se refería a que podíamos estar en distintos lugares, pero permaneceríamos juntas.

—¿Te vas a hacer también el piercing hoy? —me preguntó Yurena.

—Sí, ya me llevo el pack completo. Para una vez que me decido a hacerme algo en el cuerpo...

—No te vas a arrepentir y el tatoo es precioso, me ha encantado vuestra elección. Yo vi varios que también podrían ser candidatos, pero me quedo con este.

—Vale, nos ha encantado a todas entonces y el tobillo es un lugar bonito y discreto para tatuarnos, ¿no te parece?

—Me parece, igual duele una chispilla más que otros, pero es un sitio muy chulo.

También era chulo el centro comercial al que nos llevó, pequeñito pero muy cuco, donde su amigo tenía el estudio.

—¿Nos tomamos un cafecito antes de entrar? Las agujas y yo es que no nos llevamos demasiado bien y ya estoy un poco mareada—nos sugirió Rebeca.

—Vamos, no me digas que con lo echada para delante que tú eres le vas a temer a algo tan pequeñito como una aguja, Rebequita de mis entretelas—traté de animarla.

—Sí, sí, ríete, pero sí que les temo. Es una fobia como cualquier otra, qué se le va a hacer.

—Yo te entiendo. De siempre le he tenido fobia a los payasos, yo veo uno y me dan unas ganas de arrearle con el bolso que no las puedo soportar. Oídmeme una cosita, ¿esa que está sentada allí no es Kalyna? —nos preguntó Yurena y todas nos volvimos.

—¡Anda, pues sí! —exclamó Alba.

—Así me gusta, que seáis disimuladas. Jo, no se os puede llevar a ningún lado.

—¿A que sí? Es que son un poquito impresentables—Les saqué la lengua y casi me sacan ellas los ojos, porque yo fui la primera que miró de un modo tan descarado que casi me parto el pescuezo.

—Telita, ¿eh, Alba? Ahora es ella la que se ríe de nosotras a cada momento, lo que hay que aguantar—se quejó Rebeca.

—Pues yo no creo que esta haya venido a tatuarse y si lo hiciera, en la tribu que no entre, ¿eh? Por favor, que ella vaya por libre—opinó Yurena.

—Esta entra en la tribu y sale de allí a huevazo limpio, la iban a poner fina. Y eso que serían huevazos virtuales, pero se le quitarían las ganas igualmente—le aseguré.

—Mira, ya se va. Yo te digo que nos ha visto y que pasa de estar aquí, que ella con la chusma no se junta—Yurena se puso a la defensiva, cruzando los brazos por delante del pecho.

—Nosotras a lo nuestro, ¿vale? —les pedí, aunque no pude evitar seguirla con la vista.

Incluso, en un momento dado, me levanté como para ir al baño y, escondiéndome entre la gente, eché un vistazo a lo que hacía.

No se detuvo en ningún escaparate, sino que salió a la calle. Por la impresión que me dio, esa estaba esperando a alguien y, al vernos, cogió las de Villadiego.

Lo comprobé desde la puerta del centro comercial, pues un taxi se paró y la persona que iba dentro la invitó a subirse, cosa que ella hizo de inmediato. En otras circunstancias, podría haber pensado que se estaba cobrando la

faena que René le hizo conmigo en el despacho, pero por lo poco que vi la otra persona era también una mujer.

—Anda que no has tardado, ya íbamos a buscarte por si te habías caído por el wáter—me comentó Yurena cuando llegué hasta ellas.

—No, mujer, que tampoco ha sido tanto.

—El wáter será lo que coja yo a lo justo, que no veáis si estoy cagada—Rebeca seguía en las mismas.

—Vámonos ya todas para dentro que, si no, estoy viendo que a esta mujer vamos a tener que amarrarla y no es plan.

—No, si eso también lo vais a tener que hacer cuando entre, que me están dando unos sofocos.

—Pues menopausia no puede ser todavía, guapita, que para eso te falta tela.

—No, no y que yo, a falta de un vikingo, tendré que buscar un highlander o lo que sea, que estoy un poco desesperadilla.

—Mira, cállate que yo no quiero saber nada de tíos—le pidió Alba.

—Pues los hay muy apañados, mujer, tampoco es eso—Suavicé el terreno a sabiendas de que estaba al caerle una sorpresa por parte de Sergio.

—¿Y se puede saber dónde? Porque yo todavía no he visto ninguno. Venga, levantaos, que no merece la pena ni hablar de ellos, vamos a tatuarnos el símbolo de nuestra amistad.

Le quedó de lo más bonito y me refiero a lo que dijo, que lo de los tatoos todavía estaba por ver, sobre todo porque, nada más entrar, a Rebeca le dio un mareo.

—Tienes que comenzar por ella, Theo, antes de que se nos muera—le comentó Yurena a su amigo.

—Mujer, ¿cómo la voy a tatuar así? Si eso debe ser hasta delito.

—Delito será si la dejas sin tatuar, que esta es una cuestión de vida o muerte.

—Eso, más de muerte que de vida—le comentó la otra, que estaba al loro de todo por mucho mareo que tuviera.

—No, no, venga una valiente, ¿quién quiere ser la primera?

—Pues entonces empieza por Camila, que se va a hacer también un piercing.

—¿Es tu primera vez en las dos cosas? —me preguntó extrañadillo.

—Eso parece, yo es que soy de blancos o de negros, los grises para mí no existen.

—Dice que no, si antes lo utilizaba mucho, que parecía una monja—me soltó Rebeca y yo le lancé una mirada incendiaria que ni un lanzallamas podría superar.

—Estaba hablando metafóricamente, puñetera, que eres una puñetera.

## Capítulo 12



Más a gusto que un arbusto fuimos las tres al día siguiente al curro.

—Es que han quedado bonitas, porque han quedado bonitas—Se miraba Alba la pluma del tobillo.

—Ni lo menciones, si yo llego a saber que me iba a poner tan mala...—murmuró Rebeca.

—Tampoco exageres, que no estabas para meterte en una caja de pino. Y han quedado que son una chulada, cada vez que la mire me voy a acordar de vosotras.

—Y de las castas del tatuador, de ese también te vas a acordar, que flipamos con el grito que diste cuando te puso el piercing.

—Ni me lo recordéis, que me he pasado toda la noche agarrada a la tripa, ¿será posible? Ni anestesia ni nada, a lo burro. Pero bueno, ha quedado muy chulo, ahora me ha puesto uno de esos provisionales, aunque yo me voy a ir comprando uno cuquisimo que he visto de titanio y que mola un montón.



—Ea, pues ya estás de lo más moderna, quién te lo iba a decir cuando llegaste. Ahora para el carro y no te vayas a hacer un montón más, sobre todo no te hagas el de la nariz.

—¿Cuál de la nariz? Si es muy fino, uno de esos pequeñitos en uno de los laterales mola, ese no lo descarto.

—No, no me estoy refiriendo a ese, sino al de la argolla ese grandote, que habrá a quien le guste, pero a mí ese se me representa a las vacas de mi tierra—me soltó Rebeca en una de sus salerosas salidas.

—¡Qué loquita estás! No, no te preocupes, que ese no entra en mis planes.

Llegamos al hotel y vi a René al entrar. También era mala pata, porque cada vez que me lo cruzaba se me removía todo. Quizás pudiera parecer una tontería porque el no verlo tampoco es que lo apartara de mi mente, pero cuando lo tenía delante era como si todo se intensificara.

Cruzamos un breve saludo y las chicas me cogieron cada una por un brazo.

—Ven aquí, ratilla, que tú estás falta de calor—Alba estaba muy cariñosa.

—Pues no será porque no pique el sol, que esto está alcanzando un cariz que no sé yo, madre mía si tengo más calor que una pegatina en una farola—me quejé, aunque agradecía el resto de que ambas me arroparan.

También me crucé con Kalyna, que ya estaba dentro en ese instante, se ve que él se habría olvidado algo y vuelto al coche. Esa seguía en una actitud

más que sospechosa, porque miraba hacia fuera y, aprovechando que él todavía no la veía, le estaba dando a la tecla a toda pastilla en el móvil.

—Cielos, como todo lo haga igual de rápido, lo despachará en nada, tiene que estar más faltico—se burló Alba.

—Muy rarita es lo que está, me parece a mí.

En un momento dado nos miró y se sintió incómoda, al ver que la estábamos observando, por lo que adoptó un gesto todavía más antipático si era posible.

—Está mosca desde ayer que la vimos en el centro comercial, os digo que algo oculta.

—Pues manda narices que no se cabree porque le des un buen repaso a su novio y se cabree por eso. Lo dicho, la jodida más rarita y no nace.

Estuve al loro, no voy a decir otra cosa. Se me había metido una idea en la cabeza y aun no sabiendo si tenía la posibilidad de hacerlo, lo intentaría. Si algo tenía Kalyna, era no solo un cuerpo llamativo, sino también un torrente de voz que se lo había dado Dios y eso podía jugar a mi favor.

—Chicas, esta mañana vais a tener que cubrirme un poco—les advertí a aquellas dos.

—¿Cubrirte? ¿Tienes que ir a algún lado?

—Es que estoy en misión secreta, en realidad soy una espía camuflada.

—Huy, huy, mucha novela has leído tú ya, ¿qué te traes entre manos?

—Es que tengo un pálpito y a mí esos no suelen fallarme.

—¿Y se puede saber de qué va el pálpito? Porque si vamos a ayudarte, tendremos que saberlo.

—Es que para mí que Kalyna no es trigo limpio—les aseguré.

—Mira esta, como que vas a descubrir América con eso, pues claro que no lo es, para mí que es más mala que un dolor de muelas—opinó Rebeca.

—Siendo justas, sé de buena tinta que tiene sus cosas buenas, aunque no lo parezca, pero eso no quita para que esconda algo.

—Un cadáver puede llevar esa escondido en la maleta y nadie lo sospecharía, porque la cara no se le cambia ni así le caiga un piano de cola en un pie—añadió Alba.

—¿De qué maleta me hablas?

—Anda, pues de una que tenía antes en el *hall*, ¿no la has visto? Parece que se van de viaje.

—¿René también?

—Ay, yo qué sé, chica, solo he visto la de ella, pero supongo que esta no irá sin su recién recuperado pichoncito ni a la vuelta de la esquina.

—No tengo ni idea, pero tengo que averiguarlo.

Me las ingenié y me convertí en una espía que le pisaría los talones durante toda la mañana.

—Ruth, ¿tú sabes si René se va de viaje, bonita? —Pasé a mayores, no me bastaría con ser cubierta por las chicas, necesitaba el beneplácito de la gobernanta.

—No, creo que no. Es Kalyna quien se va, ¿por...?

—Porque aquí se está cociendo algo raro y yo me voy a enterar, ¿tú puedes dejarme la mañana libre y me lo descuentas del sueldo? Me voy a convertir en ese detective del que hablábamos.

—¿Para darle morcillas a Kalyna? Tómatela y tu sueldo te llegará íntegro—  
Me sonrió.

Vía libre y yo que la seguí a una distancia prudencial hasta que a media mañana entró en el cuarto de baño. Sin más, me quedé fuera, en la zona de los lavabos, haciendo como que los limpiaba hasta que la escuché que comenzaba a hablar. Parecía endiablada, de lo más nerviosa, y seguía mentando a su hermana a cada momento, con la que debía estar hablando.

Esas dos estaban urdiendo algún plan y yo las iba a desenmascarar así fuera lo último que hiciera.

En un momento dado, viendo que las voces iban a más, puse la grabadora del móvil en marcha y logré hacerme con toda la conversación. Obvio que ni papa entendí, pero Graciela era intérprete de francés en el juzgado y era más que probable, por tanto, que tuviera algún compañero que hablara búlgaro y que pudiera ayudarme.

En un momento dado, las voces cesaron y comenzó a hablar en un tono diría yo que incluso cariñoso, momento que aproveché para salir por patas de allí, que ya no debía faltarle demasiado.

Así fue y yo simulé que limpiaba los pasillos cuando vi que iba a por su maleta y, tras despedirse de René, salía por la puerta y cogía un taxi.

—Siga a su compañero, por favor—le pedí al siguiente de la parada sin que ella se percatase.

Sin más, nos dirigimos hacia el aeropuerto, por lo que se me pasaron mil y una cosas por la cabeza, ¿qué estaría tramando?

—Esto de seguir a otro taxi no me había pasado a mí en la vida, ¿sabe? —me dijo el taxista que parecía un tanto chismoso y me dio un poco de miedo por si de algún modo alertaba a su colega.

—Es que es mi chica la que va dentro, ¿sabe? —me inventé pensando que no me dieran a mí más tormento que ese.

—¿Su chica? —El tío tenía una pinta de sátiro que no podía con ella.

—Sí, mi chica, ¿no la ha visto, entrar? Es una auténtica preciosidad—le dije entrecerrando los ojos y pensando que era increíble las cosas que había que hacer en la vida.

—Pues no, ¿y dicen que son ustedes pareja? ¿Pero están liadas, liadas...?

Ese debía estar haciéndose una paja mental a nuestra costa que sería cosa fina, pero qué se le iba a hacer. Imaginar es gratis y yo lo único que deseaba era cumplir con mi propósito.

—No lo sabe usted bien, si es que yo la adoro. Le voy a dar una sorpresa y pedirle matrimonio antes de que embarque.

—Anda que la que lio Zapatero con eso de los matrimonios de gays y lesbianas...

La cosa no iba conmigo, pero me tocó la moral en cantidad.

—¿Y tiene usted algo en contra de eso? —No, si entretenida iría yo hasta el aeropuerto.

—Ni en contra ni a favor, que tampoco entiendo muy bien que les hayan dado los mismos derechos que a la gente normal.

—¿Que a la gente normal? ¿Y qué se ha creído, que el ejemplo de normalidad es usted? Pues anda que entonces iríamos todos apañados.

—¿Me está llamando anormal a mí?

—Sí, se lo estoy llamando, aparte de guarro, que le han hecho los ojos chiribitas imaginándome con mi novia. Y, sin embargo, que nos casemos ya no le parece, so perverso.

—Señorita, la voy a tener que bajar del taxi, que a mí no viene a faltarme el respeto ni Dios, ¿me ha oído?

—Bájeme si es capaz, que le prometo que no voy a parar hasta que le retiren la licencia, ¿usted se cree que puede poner a caer de un burro a las personas solo porque tengan una tendencia sexual distinta a la suya? Troglodita, que es usted un troglodita.

Me despaché bien con aquel energúmeno y conté los minutos para llegar al aeropuerto.

En un momento dado, los perdió de vista a propósito, que mala leche debía tener el tío en grandes cantidades.

—Como no llegue a tiempo, le prometo que se le va a caer el pelo y creo que me estoy explicando.

Se encogió de hombros y yo no lo entendí, si bien enseguida tuve que aguantar la risa al caer en que era la versión vieja y verde de Caillou, el niño de los dibujitos animados.

—Da igual que no tenga ni uno, se lo digo metafóricamente, se va a enterar.

—Señorita, que está usted en un taxi, no en un helicóptero, no puedo correr más.

—Ya, ya, antes podía, pero de repente vamos más lentos que un desfile de cojos. O acelera o cojo yo el volante y se va a creer que estamos rodando “Fast and Furious”, se lo advierto.

—No me va a dar calor ni nada, vaya carrerita.

—Lo de “carrerita” lo dirá usted con ironía, ¿no? Que más me habría valido irme andando.

Nos tiramos los trastos a la cabeza hasta el mismo momento en el que entré en el aeropuerto, pues todavía me volví para mandarlo a hacer gárgaras, y después entré atropelladamente.

Por fortuna, el de Lanzarote es un aeropuerto pequeño y, aunque en un momento me temí que ya hubiera traspasado la zona de embarque, finalmente la vi y respiré aliviada. Me mantuve lejos de su vista, por supuesto, y en un momento dado vi llegar a otra mujer que le dio ¡un beso en la boca!

Necesité pellizcarme para tomar conciencia de que lo que estaban viendo mis ojos era real y les tomé una foto desde lejos a las dos, que inmediatamente le envié a Yurena, a la que telefoneé a continuación.

—Hola, chiqui, te he enviado una foto, ¿conoces a la tía que está con Kalyna?



—Espera, que no he visto nada.

—Pues corre, *please*.

—Jesús, ya estamos todos, es la otra simpática, su hermana Anka. Y por lo que veo, están en el aeropuerto, así que ya no nos va a faltar de nada.

—Tranquila, que no ha llegado ahora, esa estaba aquí y se van unos días a algún sitio, pero para tu información te diré que una mierda es su hermana, porque se están dando el lote delante de mis ojos.

—¿Qué dices, loca?

—Lo que estás escuchando, bonita, ¿es o no es la reoca? Te dejo.

—No se te ocurra dejarme así...

Ni le respondí, porque antes de perderlas de vista tenía que hacer varias fotos que abalaran mi teoría de que estaban liadas e incluso un vídeo conseguí grabar.

De allí, me fui directa para casa y hablé con Griselda.

—Sí, claro que tengo un amigo que puede ayudarte, se llama Kubrat, pásame la conversación y yo te la enviaré transcrita.

—Es urgente, ¿tú crees que...?

—Déjalo en mis manos. Pero dime una cosa, ¿esto puede cambiar el que te vengas a Madrid conmigo? Porque en ese caso igual no me interesa—  
bromeó.

—Pues no lo sé, bonita, no lo sé...

—Va, que te ayudo igual...

## Capítulo 13



“Estás salvada” me repetía camino del hotel un rato después. René todavía estaría allí y yo entré como un terremoto por su despacho.

—¡No es su hermana! ¡Anka no es su hermana, sino su pareja! —exclamé según abrí la puerta.

—¿Cómo? Por favor, cálmate y explícame eso.

—Ahí tienes las pruebas—Le puse las fotos y el vídeo por delante, en la pantalla de mi móvil.

—No entiendo ni una palabra, te prometo que no sé de qué va esto—me respondió totalmente blanco.

—Pues esto va de que son una pareja que solo te han querido para que le hicieras un hijo a Kalyna, que es la que estaba dispuesta a quedarse embarazada de las dos.

—¿Que me estaban utilizando como un semental? Tiene que tratarse de una broma, de una burda broma, ¿qué locura es esta?

—Sé que puede parecerlo, pero aquí tienes un audio grabado esta misma mañana con la voz de Kalyna y esta es la transcripción que he conseguido. Juzga por ti mismo y, si todavía sigues teniendo dudas, pide otra.

—No tengo por qué dudar, con las evidencias que me traes no tengo por qué hacerlo. Sencillamente no sé qué decir, es lo más rocambolesco del mundo.

—De ahí el mal humor de Kalyna y el que saliera huyendo el otro día cuando vio la aguja mareada con lo del niño. Por lo visto, la otra estaba obsesionada con que el padre tenías que ser tú, desde que los tres os conocisteis, y la está presionando un huevo. Después vio perder la posibilidad, cuando tú te cerraste en banda, pero ahora que Kalyna había logrado engatusarte de nuevo, no quería que volviera sin un embarazo por nada del mundo.

—¿Obsesionada conmigo? Y me la estuvo vendiendo como si fuera su hermana durante todo el tiempo. Mira, cuando estaba con nosotros, hasta hacían bromas sobre su parecido. Yo mucho no lo veía, ahora entiendo la razón.

—Nos ha jodido y eso que la misma cara de lánguidas sí que tienen, debe ser la bomba la parejita. Por lo que dicen en la conversación, la otra ya no te soportaba, después de que Kalyna se deprimiera y todo ese rollo, de manera que esta vez ha preferido mantenerse al margen.

—Joder, qué fina, que le trajeran el niño a casa ya hecho. Es de película de suspense, del palo ese de “La mano que mece la cuna”, caray...

—Y que lo digas, llevaba días detrás de ella, viendo cosas muy raras y he logrado quitarles la máscara.

—Pero bueno, mi pequeña detective, no sé ni qué decir.

—Felicítame, con eso será suficiente, y supongo que ahora te quedarás tranquilo, ya no le debes nada. Ninguno de los dos le debemos nada a nadie.

—¿Deberle? Lo único que debo es decirle que no se le ocurra volver por aquí, que ya le mandaré sus cosas.

—Sí, porque en Cáritas no te las van a coger, que la tía tiene una ropa que parece haber salido del rodaje de una peli de esas del espacio.

—Al espacio la mandaba yo, sí. De fin de semana a ver a su hermana decía que iba...

—Mira, muy confiado has sido. Yo, desde el día que nos vio juntos y si la dejamos se mete hasta el fondo, vi que eso no era normal.

—Ya, pero como en ella muy normal no era nada...

—Correcto, pero eso era ya pasarse de la raya, no me digas que no. Con razón se quería unir, como que le molaba más yo que tú.

—Ni me lo digas, que me estoy poniendo celoso.

—¿Celoso? ¿Te estás poniendo celoso? —le pregunté mientras me acercaba a él y comenzaba a besarlo.

—No me mires así porque tengo una llamada que hacer, sabes que tengo que hacerla.

—Esa da igual que la hagas ahora o después, déjala un poquito más, que disfrute pensando que nos la sigue dando con queso y... de paso que yo también disfrute, ¿y si continuamos dónde lo dejamos el otro día?

Yo misma me levanté la falda y me expuse ante él en la mesa. Entre la sorpresa y lo mucho que aquella visión le disparaba, la respiración se le aceleró una barbaridad mientras su lengua buscaba retirar mi tanga y llegar hasta lo más íntimo de mi ser.

Una vez me hubo saboreado por dentro, siguió haciéndolo por fuera y entonces fue cuando mis gemidos se intensificaron, al contacto con mi clítoris. Mientras lo hacía, acariciaba mis brazos con sus dedos, dado que mi piel estaba cien por cien erizada.

—No sabes lo que supone para mí verte así, creí que no volvería a tenerte.

—Me has tenido siempre y me seguirías teniendo por muy lejos que me fuera, ¿y sabes por qué? Porque quisiera o no quisiera, esos ojos verdes se vendrían en mi maleta.

—Disfruta, pequeña, disfruta, que yo ya lo hago con eso que acabas de decirme.

Lo hizo con mis palabras, pero también con mi cuerpo al completo, que degustó palmo a palmo, pues su despacho se convirtió en el testigo de una sesión infinita en la que nos amamos de todas las maneras que dos seres ardientes pueden hacerlo.

En mi recuerdo, muy por encima de la serie de posturas que practicamos como si se nos fuera la vida en ello, quedó la forma en la que nos miramos como si no existiera obstáculo capaz de volver a interponerse entre nuestras miradas.

## Capítulo 14



Salimos de su despacho horas después y, mientras cerraba, me interrogó con los ojos, si bien no tardó en hacerlo también con la boca.

—¿Y ahora qué?

—Ahora que la reina de Hielo se ha marchado, yo quiero Narnia enterita para mí.

—¿Qué dices de la reina de Hielo? Nos hemos tomado una copa ahí dentro, pero no vas pedo ni debes ver dragones.

—Más que dragones, vería mazmorras, que allí sería donde me metería yo contigo.

—Esos son unos dibujos muy antiguos, ¿no?

—Correcto, y en cuanto a la reina de Hielo es Kalyna, que ya está fuera de la partida.



—Y más que va a estar cuando la llame, que debe seguir prometiéndoselas muy felices.

—Oye, ¿tú no habrás hecho nada en estos días que tengamos que lamentar? Porque como nos tuviéramos que ponernos de acuerdo con esas dos pécoras para ver a un niño, íbamos listos.

—No, tranquila por eso. Yo todavía no estaba dispuesto, así que no hay riesgo, he tomado mis medidas.

—Ni me digas haciendo qué, que ahora la que se pondrá celosa soy yo.

—¿Tú celosa? Pues puedo darte otra ración y seguro que se te pasa.

—Ahora mejor me invitas a una de boquerones, que con lo intenso que ha sido el día tengo el estómago que parece que me he tragado a Simba, no me para de gruñir, palabrita del Niño Jesús.

Fue un fin de tarde de lo más increíble, en el que pasamos por mi casa para que me duchara, porque él se negaba a separarse de mí.

—Chicas, vengo con visita—les comenté cuando entramos y las dos estaban dormidas como troncos en el sofá.

Alcé un poco más la voz y se despertaron, dando Rebeca un salto.

—Más agujas no, a mí no me cogéis más, os lo prometo—murmuró todavía entre sueños y después se quedó cortada.

—Eso, más agujas no, pero cuando viene el vikingo poco te quejas al meterte la broca—bromeó Alba.

—Quejarse no, pero escándalo sí que forman.

—Ni me lo recordéis, que todavía me duele.

—¿Lo de la broca te duele? Pues sí que debe tener un buen taladro, el tío.

—No, Albita, lo del vikingo, que andas de un salido últimamente...

Yo me eché a reír porque ninguna de las dos se había percatado de que René estaba en el quicio de la puerta.

—Chicas, mirad a quién os he traído.

En el instante en el que se percataron se quedaron más calladas que en misa.

—René, no te habíamos visto. Y nosotras aquí diciendo barbaridades, qué habrás pensado—le soltó Alba.

—Pues que somos tres locas, qué va a pensar—le aclaró Rebeca.

—Por loco me tomaréis a mí, ya que vengo a deciros que la rapto.

Las dos se miraban entre ellas, no diciendo nada.

—Chicas, que estáis ante una detective de prestigio, una agencia voy a abrir... Vaya, que os he quitado a Kalyna de encima a todos—les aclaré.

En un periquete estábamos en su casa, en esa casa que conocí en una noche en la que se mascó una tragedia que evitó con su intervención.

—Y decías que te ibas a Madrid cuando te estaba esperando tu casa.

—¿A mí? No me hagas hablar, que todavía deben estar los armarios llenos con la ropa galáctica, ¿eh?

—Para lo que va a durar, ahora hablaré con ella y le pediré una dirección para enviársela, no quiero volver a verla nunca.

—Si quieres, antes nos la podemos probar y hacemos un concurso de hombreras o algo, que más ocasión no tendremos—Le saqué la lengua.

—Me vas a perdonar, pero voto porque nos quitemos ropa, no porque nos la pongamos.

Sin más, se la quitó y me quitó la mía también, cogiéndome en brazos y tirándome con él a la piscina.

—¡Ey, que he tragado agua y todo! —le dije, pues me cogió tan de sorpresa que no supe ni cómo reaccionar.

—Me cachis, ahora tendré que tumbarte en el césped y hacerte el boca a boca.

Que no tuviera vecinos era un punto a nuestro favor, de modo que antes de que quisiera darme cuenta, ya lo tenía de nuevo dentro de mí.

—Vamos a batir todos los récords hoy, parece que estamos en unas olimpiadas del sexo o algo—murmuré cuando terminamos.

—No, esto solo son los ensayos, para ir calentando motores...

Lo miré y me lo hubiera comido en una noche en la que sentía que por fin habíamos logrado sortear tal cantidad de obstáculos que poder amarnos lo teníamos más que merecido.

Y digo amarnos, sí, porque con René no era sexo; lo que su cuerpo le decía al mío y viceversa lo hacían en un lenguaje que solo las personas que sienten algo profundo por otras personas pueden entender, solo ellas.

Me instalé en su casa, no sé cómo lo hice, porque siempre me costaron mucho los cambios, pero en el confort de aquella preciosa casa comprendí que podríamos formar un hogar. Nada habíamos hablado ni falta que hacía, ni él querría que yo me fuera ni yo podría encontrar ningún lugar mejor en el mundo desde el que contemplar sus verdes ojos.

Como una pareja, como si ya nos consideráramos una pareja, porque así era, nos fuimos para la cocina y abrí la nevera.

—Los caldos estos de verduras me vas a perdonar, pero se van ahora mismo

—Los vertí en el fregadero.

—Y yo que te iba a sugerir que nos los tomáramos...

—Me dices eso y me pierdes, tenlo claro—le advertí con el dedo.

—Lo único que tengo claro es que no puedo perderte, que no estoy dispuesto a perderte y que no hay fuerza en el mundo capaz de obligarme a perderte.

—¡Así se habla, amor! —Di un salto y me encaramé a él.

—Así no puedo preparar la cena, pero tampoco me importa. Con comerte a ti ya tengo más que suficiente.

—¿Otra vez? Pero si me vas a gastar—Hice como la que me quejaba cuando en realidad yo misma me estaba quitando ya la ropa para que me probara por primera vez en la lujosa encimera de su cocina.

Lo que cocinamos allí a fuego lento nos supo exquisito y se convirtió en nuestro plato preferido a partir de ese instante.

## Capítulo 15



—No, te pongas como te pongas no vas a trabajar hoy—me comentó en la mañana del sábado.

—¿Cómo? Yo no puedo hacer eso, ¿qué va a pensar Ruth? ¿Y Sergio? Te recuerdo que yo entré en el hotel gracias a él. Además, mis amigas van a dar el callo y yo no puedo ser menos.

—Pues entonces les daré también el día libre a ellas. Y en cuanto a los demás, con total certeza te digo que estarán de acuerdo conmigo en que necesitas un descanso.

—Ya, y aunque no lo estén, ¿tú te crees que por ser el jefe ya los vas a convencer?

—¿Y tú qué te apuestas a que así es?

—No, de veras que no quiero dar la impresión de lo que no es.

—No tienes que vivir de cara a la galería ni pensando en lo que digan los demás. Yo te quiero, tú me quieres y tenemos derecho a disfrutar de un poco de tiempo juntos, ¿vale?

—¿Has dicho que me quieres? —le pregunté mimosilla.

—Y que tú también me quieres, eso es. Prueba superada, tienes los oídos perfectamente.

—¿Yo quererte? ¿Y en qué se basa para decir eso, Su Señoría? Eso es “sentenciar un amor”.

—En lo que veo en sus ojos, letrada. Y ahora, si no quiere que emita el veredicto aquí mismo, levántese y vístase para la ocasión, que hoy nos vamos en velero.

—¿Sí? —le pregunté con todo el entusiasmo.

—Afirmativo y no vendremos hasta mañana por la noche, que para eso fondearemos cerca de la Isla de la Graciosa.

—¡Anda! Pero si me hacía mucha ilusión ir ahí, me la han recomendado...

—No te la puedes perder, es un enclave pequeñito, pero totalmente paradisíaco. Además, mis padres tienen una casita allí, podemos elegir entre dormir en ella o en el barco.

—Eso es poderío y lo demás son tonterías, ¿cuándo me habré visto yo en otra?

—Pues a partir de ahora te vas a ver en muchas como esa, amor. Ya te lo digo yo...

En nada estábamos camino del velero. René volvía a utilizar el Jeep, que a los dos nos gustaba mucho más que el deportivo.

—Es que es total, cómo mola. Bueno, es que mola mucho todo lo tuyo, pero a veces me siento...

—¿Qué vas a decir, Camila?

—Es que tú tienes el sueldo más alto, la casa, los coches y yo...

—¿Quieres que ponga algo a tu nombre? ¿Es eso?

—¿Qué dices? Me moriría de la vergüenza antes, lo que te estoy queriendo decir es que a veces me veo pequeñita a tu lado.

—Ah, vale, esto tiene fácil solución; la semana que viene iremos al oculista, ¿ok? Ni se te ocurra volver a decir algo así nunca. Tú me das mucho más de lo que pueda comprarse con dinero y, además, eres una chica de lo más trabajadora.

—Sí, sí, eso pensarían mis compañeras si me vieran aquí contigo—Volteé los ojos.



—¿Y crees que ellas no lo harían de poder?

Obvio que sí, porque lo que yo estaba viviendo con él era muy succulento. Me limité a ponerle la mano por encima de los hombros mientras conducía y lo vi feliz.

Desde que Kalyna desapareció de su lado, René era otro. Ruth tenía razón en que ella era la peor influencia para él y no sabía cuánto, lo mismo que Yurena, quien siempre la detestó, pero sin saber hasta qué punto de maldad podía llegar. Y pensar que hasta la defendí en un momento dado...

—Quiero que me enseñes a ser un grumetillo como Dios manda, ¿vale? —le pedí cuando nos montamos en el velero.

—Empezarás por ser grumetillo, pero acabarás por capitanear este barco, como todo aquello que te propongas, preciosa.

—Huy, cómo me gusta que confíes así en mí.

—Te vi especial desde el primer momento y te lo dije, tú lo sabes...

Navegamos hacia la Isla de la Graciosa con el mar como aquella otra ocasión, de un intenso azul y con la brisa acariciando nuestros rostros.

—Es un trayecto corto, pero muy bonito—murmuré.

—Podemos hacerlo más largo si quieres...

Volvió a ocurrir, fondeó el barco y allí mismo, sin buscar siquiera la protección del camarote, nos hicimos uno.

Un rato después llegamos a las cercanías de la isla, en la que desembarcamos.

—Cogeremos unas bicis de casa de mis padres para recorrerla—me propuso.

—Me parece bien—Yo miraba hacia todas partes. La única isla que conocía hasta el momento era Lanzarote y aquella otra, tan pequeña y salvaje, me embaucó.

También lo hizo ese pequeño refugio que era la aludida casa, justo en primera línea de playa y con una increíble terraza con las vistas más maravillosas que uno pueda imaginar.

—¿Estás seguro de que no hemos naufragado y estamos en el cielo? Porque te digo que esto es insuperable.

—No, vamos a superarlo ahora, quiero llevarte a uno de mis sitios favoritos de la isla.

Pedaleamos hasta llegar a una playa de transparentes aguas hasta las que se accedía sorteando una serie de imponentes rocas, planas y cómodas de transitar, en las que aproveché para tomarnos un buen puñado de fotos.

—El sitio es de locura, te digo que es de locura—le aseguré viendo que el mar nos ofrecía el más maravilloso de los espectáculos, en exclusividad para nosotros, ya que en ese instante estábamos solos.

## Capítulo 16



Almorzábamos en un precioso restaurante que había a la entrada de la isla, cuando le sonó un mensaje en el teléfono.

—Si es trabajo ni te preocupes, que te garantizo que paso olímpicamente de cogerlo—me comentó.

—Pero míralo, por favor, que quizás sea algo importante.

—Se me ocurren muy pocas cosas más importantes que estar aquí y contigo, te advierto.

No obstante, la cara se le cambió al leer el mensaje y, de inmediato, seleccionó uno de sus contactos.

—Yurena, ¿qué ha pasado? —le preguntó con verdadera angustia en la voz.

—René, es mi padre, lo acabo de encontrar muerto en la cama.

—¿Muerto? Cielos, no puede ser, ¿estás en tu casa? Justo nos pillas en La Graciosa, llegaremos en el menor tiempo posible—le colgó.

Nos miramos horrorizados.

—¿Ha muerto Alberto? —le pregunté con voz temblorosa pese a que no necesitaba la más mínima confirmación, pues lo había escuchado perfectamente.

—Eso parece, Yurena está destrozada, nos vamos, ¿vale?

—¿Y todavía me lo preguntas? Ya estamos tardando en levantarnos.

La exquisita ración de pescado que acababan de servirnos se quedó sobre la mesa, todavía humeante, mientras nosotros corrimos hacia el barco.

Una vez en Lanzarote, nos bajamos de un salto y nos montamos en el Jeep.

—¿Qué ha pasado, mi niña? —La abrazó en cuanto llegamos a su casa, de la que salía en ese momento.

—Yo había ido a trabajar, pero él hoy no se encontraba muy bien, por lo que le pedí permiso a Ambrosio para venir a darle una vueltecita. Y cuando he llegado... René, tenía los ojos abiertos, pero no me miraba, no me miraba...

—Se echó a llorar.

—Ya estaba muerto, pero no dudes que se ha ido orgulloso de la hija que tiene, la mejor con la que nunca pudo soñar.

—Tú mejor que nadie sabes que he hecho siempre todo lo posible, todo por sacarlo de ese pozo, pero que me ha sido imposible.

—Lo sé, cariño, lo sé... Lloro todo lo que necesites, ya estoy aquí, bonita, ya estoy aquí.

Eran la viva imagen de la hermandad. Aunque no les corriera la misma sangre por las venas y es que para mí lo de la sangre está sobrevalorado. Yo también había encontrado en todas aquellas chicas a unas hermanas, aunque no compartiéramos sangre.

Cuando se hubo desahogado un poco con él, me acerqué y quise abrazarla también.

—Yurena, mi niña, vamos a estar contigo todo el tiempo, no te vamos a dejar sola—le prometí, sabiendo que se enfrentaba a los peores días de su vida.

No levantábamos cabeza, la realidad era que no la levantábamos. Cuando todo parecía venir a su sitio, un nuevo mazazo nos golpeaba. En esa ocasión no lo hizo directamente, pero sí alcanzó a una personita a la que llevábamos muy dentro del corazón.

—Si es que yo no sé ni por dónde empezar ni si este hombre tenía seguro ni nada. Al saber, con lo descuidado que lo ha tenido todo en los últimos tiempos... Y un entierro debe valer una pasta—Volvió a llorar.

—A ver, mi niña, ya te he dicho que estamos aquí, nosotros nos haremos cargo de todo—insistió René mientras ella volvía a llorar sobre su pecho.

Fue una tarde de sábado muy lúgubre en la que tuvimos que encargarnos de que el cuerpo llegara al tanatorio para velarlo. Entre las muchas personas que acudieron, como no podía ser de otra forma, lo hicieron los padres de René, Mari Carmen y Juan Antonio.

—Ven, que te voy a presentar a mis padres—Me tomó por la mano.

—¿A tus padres? ¿Pero ellos saben de mí?

—Sí que saben, sí. Este momento tenía que llegar, pero la muerte de Alberto lo ha precipitado todo.

Nos acercamos y les di el pésame por la pérdida de su amigo, vaya momento para presentaciones.

—René ya nos ha hablado de ti y de lo especial que eres—me dijo Mari Carmen, su madre, dándome dos besos.

La mujer estaba todo el tiempo muy pendiente de Yurena, mientras que su marido, Juan Antonio, parecía totalmente ido.

—Creo que deberías ir con tu padre, lo veo muy mal—le recomendé—, apenas le ha salido la voz del cuerpo cuando nos has presentado.

—Sí, a él le va a costar mucho superar la muerte de Alberto, siempre estuvieron muy unidos.

—Sé por Yurena que ha hecho todo lo posible por ayudar y supongo que debe sentir mucha impotencia.

—Así es, Alberto era todavía un hombre joven y su hija lo necesitaba, es una auténtica desgracia.

—Algo vale que ella es una guerrera y que nos va a tener a nosotros.

—Eres especial, ¿ves como eres especial? —Me besó en la frente en un gesto de lo más protector.

—Al final me voy a creer que soy especial, como los naranjas.

Lo que también fue especial, pero especialmente triste, fue el entierro al día siguiente.

Yurena estaba de lo más triste y René y su madre trataban de consolarla, mientras yo me apoyaba también en Rebeca y en Alba, que me acompañaron en todo momento. Fueron muchísimas las personas que acudieron al entierro, incluida Ruth, que llegó de la mano de Miguel Ángel en un gesto que fue el único que logró sacarme la sonrisa en un día tan desgraciado.

—Te vienes unos días con nosotros a casa—le dijimos a Yurena cuando todo acabó, pues ambos lo habíamos hablado.



—Os lo agradezco mucho, chicos, pero va a ser que no. He pensado que papá ya no está y que cuanto antes me haga a la idea, mejor.

—Te entiendo porque también he vivido la muerte de mis padres y es un trance horrible, pero no serás menos fuerte por dejar que te achuchemos unos días, tiempo tendrás luego de asimilarlo todo—insistí.

—Es que quiero poner muchas cosas en orden, con papá en ese estado la casa era el caos y creo que será lo que más paz me dé.

René me miró y yo asentí en el sentido de que debíamos respetar su deseo. Por mucho que nuestra intención fuera la de arroparla, no podíamos hacerlo si ella prefería otra cosa.

—Está bien, pero ahora te vienes a almorzar y luego te llevamos. Y esta noche iremos a hacerte un ratito de compañía. Se me da muy bien ordenar cosas, yo podría ayudarte, ¿vale? —me ofrecí.

—Eres muy buena, Camila, eres muy buena.

—No, ratoncilla, tú eres la mejor, no lo olvides.

Yo la admiraba, admiraba a una niña que lo dio todo hasta el último momento para cuidar a un padre que se había convertido en una dolorosa carga para ella y, por mucho que en ese momento no pudiera verlo, yo pensé que detrás del dolor también encontraría una parte de consuelo al liberarse de un lastre que estaba arruinando su juventud, por muy duro que sonara.

## Capítulo 17



La muerte de Alberto supuso para todos nosotros un mazazo y más que para nadie para su hija quien, pese a que la hubiera llevado por la calle de la amargura en tantas y tantas ocasiones, lo adoraba.

Unos días después de aquello, Yurena seguía sorprendiéndonos por su increíble madurez, pues tomó las riendas de su vida de una forma admirable.

—Yo tardé bastante más en recuperarme cuando mis padres fallecieron, amor, no sé de qué piel está hecha esta chica.

—Pues sí, lo cierto es que mi niña no ha tenido suerte en la vida, es una auténtica pena.

—Es que vaya palazo. Primero su madre se va y después su padre fallece, ¿sabes? Más de una vez he estado pensando en buscar a esa mujer, ¿y si lo hacemos?

—No traeríamos más que problemas a su vida, hazme caso, las cosas están bien como están. Otra cosa sería que Yurena aceptara la oferta de mis padres de ir a vivir con ellos, a mí me tranquilizaría mucho.

—Y en lo referente a ellos, es una oferta muy generosa. A mí se me pusieron los vellos como escarpías cuando me lo contaste.

—Sí que lo es y, además, podría ser una solución que nos tranquilizaría mucho a todos, pero esa pequeña cabezona querrá seguir en su casa, no la moveremos de ella.

—Ya, y también entra dentro de la lógica, al menos nos quedaremos con que, dentro de la enorme desgracia, lo va llevando bien.

La vida se iba abriendo camino una vez más y yo no hacía más que implorarle al universo que ese fuera el último mazazo que nos diera por un tiempo. Después de tantísimos avatares, nos merecíamos por fin un poquito de tranquilidad.

—Oye, ¿y si celebramos una cenita mañana por la noche en casa y la invitamos? También podrían venir Rebeca y Alba, pasaríamos un buen ratito.

—Me parece genial, ¿te encargas tú de decírselo a todas?

—De eso y de comprar lo necesario para la cena también, que tú estás muy estresado esta semana y no quiero que vaya a más, no sea que llegue un momento que ya no...—Le hice un gestito con la mano y se quedó con la boca totalmente abierta.

—¿Qué estás insinuando, pequeña? Que yo ya no te....

—Dios me libre, que al matarile le damos tanto que a veces me pasa como a la cucaracha, eso de “*la cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar...*” Y no porque me falte ninguna patita de atrás, no, sino porque no me puedo ni rozar.

—Pues entonces, ¿no? —Su gesto fue de “a ver qué pasa aquí”.

—Nada, nada, era como medida preventiva, tú ya sabes, porque el estrés es muy malo.

—Y tú te has levantado hoy muy graciosa—me dijo haciéndome cosquillas, pues en ese momento ya estábamos aparcando en el hotel.

Fue entrar y al poco me encontré con Sergio, que vino hacia mí flechado.

—Ya la tengo, ya la tengo....

—¿Qué tienes, Sergio? Aparte de un ataque de nervios, que ese lo detecto desde lejos.

—La estrella a su nombre, ¿no es el detalle más romántico del mundo?

—Uno de ellos, sí, ya lo hemos hablado—Le sonreí ampliamente porque venía contento como un niño con zapatos nuevos.

—Ahora solo me queda encontrar un momento propicio para darle la sorpresa, porque aquí en el hotel no me gustaría que fuese.

—Ya lo entiendo, no es el mejor sitio para eso, no... Para eso pega una cenita o algo.

—Afirmativo, lo que ocurre es que a ver cómo logro yo llevármela a cenar a ninguna parte, buena está conmigo como para eso.

—Lo sé, cariño, pero se me está ocurriendo una idea que nos tiene que salir bien sí o sí. Mañana René y yo celebraremos una cenita en casa y vamos a invitar a las niñas, vente también, ¿ok?

—¿Y si se molesta porque yo esté allí? Tampoco os quiero poner en ese compromiso, no sea que os demos la noche.

—Mira, Alba es cabezona, pero cabezona... Eso no hace falta ni que te lo diga, pero también te digo que la conozco muy bien y que sé que una vez que te vea allí, no llegará la sangre al río.

—Eso espero, que llegar con la cabeza abierta a urgencias no sería el planazo de mi vida.

—Tú tranquilo, déjalo todo de mi mano.

Trabajé esa mañana con la sensación de que estábamos creando un grupo de amigos maravillosos, por más que Rebeca y Alba necesitaran un empujoncito en sus vidas para encontrar la felicidad total. Y de que Yurena

precisara más que nunca de nuestro apoyo en un duelo que estaba llevando como una jabata, si bien todos sabíamos que la procesión iba por dentro.

En el día a día, yo seguía desempeñando mi puesto de trabajo con total normalidad, por más que René se había empeñado en que lo dejara, debido a la dureza de este. No obstante, yo no lo veía, ignoraba cuál sería el rumbo que tomaría mi vida en lo profesional, pero tenía más claro que el agua que no sería jamás una mantenida, no por muy bien económicamente que él estuviera.

Mejor que nadie, mi chico sabía que la posición económica era algo que podría perderse en un momento dado de la vida y yo, pese a mi juventud, tenía los pies en la tierra, por mucho que con él me sintiera en una nubecita.

## Capítulo 18



Nos levantamos en la mañana del sábado y me fui al mercado. Esa licencia sí nos la tomábamos, la de reservarnos los fines de semana para nosotros. Era justo, pues trabajábamos a destajo el resto de los días, qué menos que oxigenarnos durante un par de ellos...

—Me voy, que esta noche tenemos cena y quiero comprar un buen marisco, no sea que me lo quiten....

Tiró de mí hacia sí con una sonrisilla libidinosa.

—Yo también estaba pensando en marisco, ¿tanta prisa tienes?

—Mucha, se siente, hoy debemos agasajar a nuestros amigos, quédate haciendo un poco de ejercicio, que sé que lo estás deseando.

—De eso nada, tiempo tendré después, me voy contigo, ¿vale? Total, si el ejercicio que yo quería hacer era en pareja...

—Como quieras, pero entonces desayunaremos en la calle, que voy con prisa y aquí seguro que el desayuno se alarga más—Le guiñé el ojo.

—Te las sabes todas, tira para la calle, anda.

Nos fuimos a una pescadería cuyo dueño era amigo de René y en la que servían el mejor marisco y pescado de toda la isla. Me puse a pedir y parecía que me había hecho la boca un fraile.

—Pequeña, lo que tú quieras, ¿eh? Pero que no se trata de un convite real, ¿has visto lo que llevamos?

—No veas si soy exagerada, ¿no? Tipo madre, lo siento, es que siempre me da la impresión de que pueda faltar.

Sonrió cuando le dije aquello de “tipo madre” y yo no supe cómo interpretarlo. La verdad, con lo que pasó con Kalyna y el tema de los niños, ese era tabú para mí, no sería yo quien lo sacase. Obvio que era muy joven y que todavía no pasaba por mi mente. Pero el día que el reloj biológico me diera el toquecito, tenía muy claro que solo sería mamá si él también lo deseaba, yo jamás lo obligaría a nada.

Salimos de la pescadería, a la que llegamos antes porque a mí me pudieron las prisas, y fue entonces cuando nos sentamos a desayunar.

En la mesa de al lado me llamó la atención una señora que estaba apalancada con un precioso perrito, con un Cocker canela de lo más simpático que no paraba de llamar nuestra atención.



—¿No es adorable? —le pregunté.

—¿Te gustan los perros? Nunca me habías dicho nada.

—Me gustan, pero no quiero tenerlos ahora, prefiero disfrutar de nuestra libertad, más adelante, pero es que este perrito es una monería—le dije acariciándolo mientras venía hasta nuestra mesa a recibir mimos.

—Perrita es una perrita, y si te gusta ella, a ver lo que piensas de este jovencito—me comentó la mujer y me fijé en que tenía sobre la falda un bultito que resultó ser un tierno cachorrito, una de las cositas más bonitas que había visto en mi vida.

—Ay, por favor, qué precioso, ¿él sí es un chico?

—Sí, sí, el último de la camada, esta muchachita tuvo cuatro. Se me escapó un día y se fue a casa del vecino de fiesta, ¿os lo podéis creer? Y me vino con un premio que no esperaba.

—¿Eso hiciste tú, gamberrilla? Y mira qué preciosidades tuviste.

—El problema es que no me lo puedo quedar, yo tengo a mi madre enferma y, por tanto, una buena faena entre manos. A los otros los he logrado colocar, pero todavía me quedo este.

—René, estoy pensando en...

—Si lo quieres nos lo llevamos, no te quedes con la pena.

Era bueno a más no poder, pero no era eso en lo que yo pensaba.

—Gracias, pero no, lo que estoy recordando es que Yurena me hizo una vez un comentario al respecto de que no tuvo hermanos y después me dijo que, si no fuera por el lío en el que se había convertido su vida, le encantaría tener un perrito.

—Y estás pensando que ahora sería el momento ideal, ¿no?

—Correcto.

—Y ese muchachito podría ser el candidato perfecto.

—Y que lo digas...

Llegamos a casa con el marisco y con aquella preciosidad metidita en una pequeña mantita que la misma mujer nos dio cuando pasamos por la suya a recoger los pocos enseres que el cachorrito tenía.

—Yurena se va a volver loca, sé que va a dar saltos hasta el techo cuando lo vea.

—Yo también lo sé, has tenido una idea fantástica. Aquí donde lo ves, este muchachito tendrá mucho que ver en su recuperación. Y yo te deberé una muy gorda y te la pagaré, no te preocupes.

—Ya sé yo de sobra el pago que tú me darás, bandido, pero ahora tenemos que encargarnos de que a este pequeñajo no le falte de nada, ¿ok?

Lo hicimos a la hora de la siesta, cuando el enanejo estaba frito como un tronco y después dormimos un rato.

Más tarde nos levantamos y nos pusimos a trabajar codo con codo. En ese momento me sonó un mensaje y era una foto de Ruth, ¿qué le pasaría a esa mujer? ¿Una foto? No me pegaba mucho en ella.

Ella: “Al final ganaste, cambio total de look”

Yo: “Sublime, me has dejado con la boca abierta”

No se lo decía por decir, estaba verdaderamente favorecida. Por fin se había dejado la melena suelta, que además se desfiló y puesto unas mechas en caoba que le sentaban sensacional.

—¿La conoces? —le pregunté a René, que estaba ideal con su mandil y afanado en preparar una gran cena.

—¡Guau! ¿Cuántos años se ha quitado de encima esta mujer?

—No lo sé, pero un buen puñado, te aseguro que un buen puñado—Me reí.

—Un buen puñado de... te echaba yo a ti, no me hagas hablar, ven...

—¡Cuidado! No vayamos a pisar a este muchachito que no tiene nombre.

—O sea, que esta noche también celebraremos un bautizo...

## Capítulo 19



Si la felicidad pudiera asociarse a una noche, yo diría que sería esa, que esa noche conocí la dicha al completo. Y he dicho bien, con “d”, aunque de lo otro tampoco faltaría cuando todos se fueran, de eso no me cabía la más mínima duda.

Nuestros invitados fueron llegando uno a uno... Las primeras en hacerlo fueron Rebeca y Alba, que alucinaron con el casoplón.

—Como para no dejarte raptar, guapita. De no hacerlo habría sido para majarte en el majador—me soltó Rebeca.

—No veas si me alegro por ti, cariño. Ya lo dijimos, que al menos a una debía salirle bien para que las otras siguieran confiando en el amor.

—Claro que sí, confía, que lo mismo tu felicidad viene también de camino

—Albita, le dije con retintín.

—Será eso, sí, ¿y esta cosita? —Lo miraron con total ternura.

—Es para Yurena, ¿no es sencillamente delicioso?

—Lo es, cariño, pero no me has dejado que lo sirva con las patatas—me soltó el otro petardo, que estaba cocinando unas para acompañar a las huevas.

—Va de duro, pero se ha enamorado de él, lleva toda la tarde pendiente.

—Corrijo, me parece muy gracioso, pero enamorado estoy de ti, que conste.

Diez minutos más tarde llegó Yurena y se creó la máxima de las expectativas.

—Por favor, ¿habéis adoptado un perrito? Muero con él, es que muero con él, pero si es precioso, ven aquí, ¿tú no serás el cachorrito más bonito del mundo? Pero ¿cómo es posible que estos dos feos tengan tanta suerte? Si eres una maravilla, ¿cómo te llamas? —Le dio un beso.

—Pues va a ser que como tú quieras, porque es tuyo—le dije mientras René asentía también con la cabeza.

—¿Mío? Ay, por favor, no puede ser... ¿cómo va a ser mía esta ricura? Yo os como a besos, os como a besos.

No podía estar más emocionada, hasta el punto de que lo abrazó y las lágrimas brotaron de tus ojos.

—¿Estás contenta, bonita? —le preguntó René.

—¿Contenta? Estoy ilusionada, por primera vez en muchísimo tiempo, estoy ilusionada, no sé cómo os lo voy a agradecer.

—Ni se te ocurra hablar de agradecimientos, ¿eh? Verte así de feliz sí que es un regalo para nosotros—le comenté mientras los abrazaba a los dos, a ella y al cachorrillo, que no podía estar más a gusto en sus brazos.

—Lo llamaré Sam, ¿os gusta?

—Nos gusta, ¿y por algún motivo en especial? —le preguntó René.

—Sí, ¿sabéis la peli de “Yo soy Sam” de Sean Penn? Era la preferida de mi padre cuando yo era pequeña, creo que se sentía identificado por eso de que también le tocó luchar conmigo, los dos solos.

Todos nos emocionamos, sobre todo porque entonces sería él quien luchara, pero cuando Yurena fue mayor se invirtieron los términos.

Estábamos los cinco con la lagrimilla fuera cuando volvieron a llamar al timbre y era Sergio.

—Perdona, ¿tú qué haces aquí? —le preguntó Alba.

—Yo... también me han invitado, ¿no lo sabías? Es que he venido a traerte algo.

—¿Sí? Pues lo mismo te llevas también algo, porque yo tengo una torta preparada para ti desde hace un tiempo y todavía no he tenido ocasión de dártela.

—Alba, por favor, cálmate, que Sergio ha venido en son de paz—intervine.

—Es así, ¿por qué no lo escuchas, por favor? Está arrepentido de corazón, ¿qué más tiene que hacer para demostrártelo? —añadió René.

—Lo que te están diciendo es cierto, Alba, que ya no sé lo que hacer para que me perdones. Si hasta le he puesto tu nombre a una estrella, mira, no es una trola, te traigo el certificado.

—¿Mi nombre a una estrella? Venga ya, ¿eso puede ser?

—Eso puede ser, que un pajarito me ha dicho que te gustan mucho y, a falta de poder bajarte una, la he bautizado como tú. Y es una visible, ¿eh? Que me lo han garantizado, mira...

—Sergio, es muy bonito, es un detalle precioso, pero es que yo no puedo, es que no puedo, ya no puedo confiar en ti. La confianza se rompió y me da miedo, me da miedo que...

—Mírame a los ojos y dime que de veras te da tanto miedo que lo nuestro está roto para siempre. Dímelo y te dejo aquí con tu estrella, giro sobre los talones y punto redondo, ¿es eso lo que deseas? ¿Me voy?

Estábamos todos que el corazón se nos salía por la boca y a punto de tener que darle un empujón, cuando por fin soltó un “No, no es eso lo que quiero”



que aplaudimos.

—Qué durita de pelar has sido, cariño—la abracé cuando por fin se despegaron después de darse un larguísimo beso.

—Pero estás a prueba, ¿me oyes, Sergio? A prueba, no pienso ni tirar el embalaje, a la más mínima te descambio.

—Por mí puedes tirarlo, te prometo que no te voy a fallar.

—De eso nada, aquí las normas las pongo yo y no se tira nada.

—¿Los estás viendo, Sam? Están loquitos el uno por el otro y es su extraña manera de decírselo, peleándose a lo “Pimpinela” —le contó Yurena levantándole para ello una de sus orejitas y comenzando a bailar con él.

—Que no hace falta que le hagas eso, no es sordo—le indicó René mientras ella seguía bailando.

Rebeca la miraba y también a la parejita, esbozando una sonrisa. De las tres, era la que se había quedado compuesta y sin novio, pero yo estaba segura de que el amor tampoco tardaría en llegar a la puerta de una amiga que era todo corazón, pese a que pudiera parecer más bruta que un arado.

Fue la fiesta perfecta, en un jardín cuyos farolillos pusieron luz a una noche en la que Alba divisó con emoción cuál era la estrella en cuestión, de la mano de un Sergio que no estaba dispuesto a soltarla por nada en el mundo.



## Capítulo 20



Ya iba camino de la cama, después de que todos se marcharan, cuando me sonó un WhatsApp.

—Cualquiera de ellos se ha dejado algo, como si lo viera, la cabeza nos dejaríamos uno un día de no tenerla pegada a los hombros— bromeé.

Sin embargo, me quedé absolutamente helada, como si las chicas me hubieran dado una de sus famosas duchas, cuando lo abrí.

No era de ninguno de mis amigos, sino Guille, que además no me escribía, sino que me enviaba un audio.

René estaba en el cuarto de baño lavándose los dientes y yo no supe cómo reaccionar. Lo que menos le gustaría en esa noche de sábado, que apuntaba maneras, sería una metedura de pata por parte de mi exnovio.

No debía escucharlo, simplemente lo ignoraría, pero por un momento se me pasó por la cabeza que algo grave le pasara a alguna de mis amistades de Linares y, pese a que no teníamos ninguna relación, me estuviera avisando.

Llegué al salón y me lo puse en la oreja. No, Guille lo que estaba era borracho como una cuba. Y en plena borrachera soltó una bomba que casi me hace desvanecer.

—“Tanto juzgarme, tanto juzgarme... Como si tú fueras perfecta o como si tu familia lo hubiera sido. ¿Sabes? Por una puta casualidad de la vida me he enterado de que tu madre era una cualquiera, que se lio con un tío y que se la coló a tu padre, porque se quedó preñada del otro. A ver si yo te he hecho alguna vez algo así, piénsalo...”

Me tuve que agarrar a un mueble para no caerme. Imposible, lo que estaba diciendo no podía ser. Yo adoraba a mi madre y qué decir de mi padre, si más amoroso no lo pudo haber en el mundo... Se lo tenía que estar inventando, sería fruto del alcohol. Guille nos había perdido a Cleopatra y a mí y estaría dolido con la vida, nada de eso podía ser cierto...

—¿Pasa algo, mi niña? —me preguntó René desde el dormitorio.

—No, no pasa absolutamente nada, tranquilo. Solo que me he mareado un poco y he venido a por un vaso de agua.

René no tardó en aparecer por el salón y yo disimulé como pude. Dicen que “levanta, que algo quedará” y, aunque yo tenía la absoluta certeza de que mi madre no podría haber hecho una cosa así en la vida, no quería ni mencionarlo para que jamás apareciera la sombra de la duda en René.

Yo la adoraba, adoraba su recuerdo que para mí estaba immaculado, y no podría soportar que se ensombreciera por parte de alguien que no tenía

derecho a tal atrocidad, por parte de un Guille herido que estaba demostrando ser un tipo de la peor calaña.

—¿No decías que ibas a por agua? ¿Se puede saber qué haces aquí en el salón? —me preguntó.

—Es que me he parado un momento porque estoy mareada, amor.

—Tampoco hemos bebido como para eso. Y mira que yo he intentado emborracharte para que cayeras en mis brazos, pero no ha habido suerte— bromeó.

—Ains, lo siento, pero es que no estoy para bromas. Tengo unas ganitas de...

No pude terminar de decirlo, pues salí volando hacia el cuarto de baño y a lo justo pude levantar la taza del wáter para vomitar lo más grande, porque la sola idea de que hubiera un ápice de verdad en las palabras de ese malnacido me corroía las entrañas.

—Cariño, pues sí que te ha sentado mal la cena, ¿habría algún marisco en mal estado?

—No, no creo que sea eso, amor. No te preocupes, que me da un apuro tremendo que me veas así, espérame en la cama.

—¿Crees que por verte vomitar vas a perder el sexapil? Tendrás que hacer muchos más méritos para eso, no lo veo nada factible.

—Eres muy bueno, ¿sabes? —Me levanté por un instante, aunque enseguida noté que se me iba la olla y me agaché de nuevo.

Me estaba matando, la simple idea torturaba mis sentidos y revolvía mi estómago. Era imposible, ¿cómo podía tener Guille tanta maldad? Claro, él se fue de la peor manera de Lanzarote, lo eché cuando conocí la verdad y ahora, en el momento en el que más feliz estaba yo, reaparecía como un fantasma del pasado que venía a espantar mi sueño.

Objetivo conseguido, porque pude estar como una hora yendo y viniendo al wáter, hasta que no tuve nada más que echar. Las costillas me dolían hasta el punto de que apenas podía ponerme derecha de tanto como vomité y la cabeza me estallaba, aunque la que hubiera tenido que estallar en mil pedazos era la de aquel miserable calumniador.

## Capítulo 21



Me levanté sin haber podido pegar ni un ojo, porque no me fue posible. Cada una de sus injuriosas palabras, todas y cada una de ellas las tenía grabadas en mi mente, ¿cómo podía un ser humano decir algo así y quedarse tan a gusto?

Si Guille tenía un ápice, solo un ápice de humanidad, no debía saber dónde esconderse en una mañana en la que estuve muy tentada de llamarlo, si bien finalmente me abstuve de hacerlo porque preferí no entrar en tan asqueroso juego.

Sin embargo, me conocía. Yo soy de las que cuando tengo algo en la cabeza no puedo parar de pensar en ello hasta que le doy algún tipo de solución o hasta que me quedo tranquila en el sentido que sea y ese hijo de mala madre había logrado sembrar la duda en mí con el paso de las horas.

Como parecerme, me parecía imposible, pero un rato después quise hacer una llamada.

—René, mi vida, yo estoy fatal, ¿te importa ir a la farmacia y traerme un poco de suero? Me siento muy deshidratada, ya no tengo nada que vomitar, pero necesito...

—Hidratarte, por supuesto. Yo mismo te lo iba a ofrecer, me parece perfecto. Me visto y vuelvo enseguida. Voy por suero.

—Vale, mi vida.

Me plantó un beso y salió andando, dándome así la posibilidad de hacer la llamada que tenía en mente.

—Tía Asun, buenos días.

—Cariño, ¿cómo estás? Hace días que no hablamos, ¿te pasa algo? Te noto mala voz, Camila.

—Tía, sí, me pasa una cosa—Me eché a llorar sin más, no pude evitarlo.

—Tranquila, pequeña, ¿es por ese chico, por René? ¿Has discutido con él?

—No, no es eso, tía, es que anoche me envió un audio Guille, ¿sabes?

—¿Tu Guille te está molestando? ¿Es que ese niño no va a parar? Si quieres voy a buscarlo y lo pongo vestido de limpio, ¿eh?

—No tía, no hace falta. Lo que pasa es que me dijo una cosa muy fea, pero muy, muy fea y no he podido dormir en toda la noche.



—No lo entiendo, ¿qué puñetas puede inventar ese niño de ti? Mira, ese que se lave la boquita antes, ¿eh?

—No era de mí, tía Asun, es mucho peor todavía, era de mamá.

—¿De tu madre? ¿Qué dices, mi niña? ¿Qué tiene ese gandul que decir de tu madre que en paz descanse?

—Pues eso digo yo, tía, que se debe haber empeñado en no dejarla descansar. Mamá se revolvería en su tumba si lo escuchara y papá ni te digo.

—¿Qué te ha dicho de tu madre, Camila? Dímelo—Su voz se tornó más seria cuando le comenté eso.

—Me ha dicho que le fue infiel a papá y que se quedó embarazada de otro, eso. Ah, y otra cosa, que papá se lo tragó todo, como si fuera un pelele, ¿puedes imaginar una aberración más grande? Te prometo que si lo tuviera delante le arrancaría la cabeza con mis propias manos.

—Camila, hija, tienes que tranquilizarte—me aconsejó.

—¿Tranquilizarme? Se la quiero arrancar de verdad y te hablo de la cabeza de arriba, para que no tuviera ninguna posibilidad de sobrevivir. Ea, un bicho menos en el mundo, ¿cómo se puede ser tan calumniador? Lo voy a denunciar, si no lo mato, al menos lo denuncio, tía.

—Tranquila, mi niña...

Aquello empezó a olerme a chamusquina, porque mi tía Asun siempre había hecho gala de un fuerte carácter y lo normal era que se estuviera subiendo por las paredes ante tamaña barbaridad. Sin embargo, no fue así.

—Oye tía, ¿pasa algo?

—Camila, yo solo te aconsejo que será mejor que dejes las cosas como están, hija, no te metas en más fandangos. No hagas caso de las habladurías y punto.

—¿Y no me dices que quieres verlo en la punta de un cañón ni ninguna de esas barbaridades que te he escuchado decir algunas veces? Es de tu hermana de quien están hablando también, por el amor del cielo.

—Déjalo, bonita, no merece la pena.

—Tía, no, por favor, no... No vayas a decirme que hay algo de verdad en sus palabras porque me caigo muerta.

—Camila, cálmate. Por favor, hija, cálmate.

—Me calmaré cuando me cuentes la verdad. Tengo derecho a saberla, tía, tengo derecho a saberla...

—Camila, es verdad, es cierto lo que Guille te ha dicho. Eso sí, tu madre no era una cualquiera ni nada parecido, fue solo que se enamoró de un hombre, mayor que ella, por cierto, y sí... le faltó a tu padre. Hija, son cosas que pasan, nadie puede decir “de esta agua no beberé”, las cosas a veces no son fáciles.

—Tía, qué me estás contando, no puede ser, no puede ser...

—Tu padre la perdonó, cariño, y eso es lo importante. Su matrimonio siguió adelante y él siempre te quiso como lo que fuiste, como su adorada niñita...

—No, no, tía, no puede ser, ¿mi padre no era mi padre?

—Sí que lo era, Camila, desde el punto y hora que él así lo asumió fue tu padre. Y no hace falta que te recuerde que fue un padre maravilloso, tú lo sabes mejor que nadie.

—Sí, tía, sí que lo sé, pero es que no soporto el dolor que tuvo que pasar, ¿cómo pudo mamá hacerle eso?

—Porque se enamoró de ese hombre, ella también se enamoró, lo mismo que él, pero luego valoró que también había adorado siempre a tu padre y se sintió mal, sucia, ruin... No sabía lo que hacer, fue un momento horrible, el otro también estaba casado y lo mejor que todos pudieron hacer fue seguir adelante con sus respectivas vidas.

—¿Y papá pudo hacerlo?

—Sí, ya sabes que él besaba el suelo por donde pasaba tu madre, cariño. Por esa razón, supo perdonarla y ahora yo te digo, si él pudo hacerlo, ¿por qué no podrás hacerlo tú? Tienes que perdonarla, Camila, tienes que hacerlo porque si no lo haces no podrás tener paz en tu vida. Y ahora que la has encauzado como lo has hecho, ¿qué sentido tendría?

—Tía, es que es muy fuerte, es muy fuerte. Ahora resulta que tengo un padre en algún lugar del mundo. Yo, que me creía huérfana y tengo un padre, a no ser que se haya muerto también, que con lo gafada que estoy cualquier cosa puede ser.

—Camila, no pienses en eso, sigue tu vida. Si nunca has necesitado a ese hombre, ¿por qué ahora? Tú tienes muchas cosas bonitas que te llenarán y el día de mañana también contarás con tus propios hijos, no dejes que esto ponga fin a tu felicidad.

—Tía, pero yo tengo que saber, tengo que saber... Si mi padre está vivo, he de conocerlo, yo necesito conocerlo.

—Cariño, tu madre siempre fue muy discreta a ese respecto. Nunca, nunca supe de quién se trataba, pese a que nos llevábamos de maravilla ella quiso llevarse el secreto de su identidad a la tumba. No creo que casi nadie en Linares la conozca, tan solo un pequeño grupo de personas cercanas a ellos supieron de la infidelidad, alguna de las cuales se habrá ido de la lengua con los padres de Guille o con él mismo, pero saber quién era ese hombre... eso no creo que vayas a poder saberlo.

—¿Y no sabes nada de él, tía? ¿Ni un cabo del que tirar?

—Solo un dato, hija, solo un dato y no creas que no es una coincidencia. De pequeña, una vez estuviste malita del riñón. Al final, quedó en nada, pero tu madre se asustó tanto que le dio por pensar hasta que necesitaras un donante en el futuro y se hizo una prueba de compatibilidad. Ella no lo era y entonces me confesó que tu padre estaba muy lejos... que ese hombre se había marchado a Lanzarote.



## Capítulo 22



No esperé a que René llegara a casa, no pude hacerlo porque cuando quise darme cuenta estaba corriendo por las calles, con mi bolso colgado y únicamente con lo puesto.

No, el karma no podía tener nada contra mí como para hacerme eso, ¿cómo? Un hombre casado que se había enamorado a saco de mi madre y después se marchó a Lanzarote con su familia, ¿qué posibilidades existían de que fuera otro? Ninguna, francamente ninguna...

Yurena me lo había contado, me lo había contado todo... Sin saberlo, aquella niña me había hecho la gran revelación de mi vida, la más horrenda de todas ellas, la que convertía mi amor con René, ese que endulzaba mis días y mis noches, en una incestuosa monstruosidad.

Cielos, aunque no me hubiera criado con él, sí que nos corría la misma sangre por las venas. Juan Antonio era mi padre, ese hombre que estaba tan ido en el entierro de Alberto era mi padre. Ni siquiera reparó en mí, Juan Antonio ni siquiera reparó en mí porque la muerte del que consideraba su hermano debió nublarle la vista y el resto de los sentidos.

Mientras corría, traté de recordar el momento en el que nos presentaron, ese momento en el que apenas levantó la vista del suelo para darme la mano. Si lo hubiera hecho, si me hubiera mirado a los ojos, sin duda me habría reconocido, por la sencilla razón de que todos decían que en el físico yo era un calco de mi madre.

Corrí y corrí sin parar, al menos durante una hora. Mi teléfono sonaba y sonaba y yo sabía que era René. Me moría, la respiración me faltaba y sentía que quería ir a refugiarme al lugar más recóndito del mundo, a uno en el que nada ni nadie pudiera molestarme.

Recordé aquella playa de la Isla de la Graciosa a la que me llevó René y pensé que no habría lugar mejor para refugiarme, para perderme, para que nadie me encontrara.

Pillé un taxi que me llevó hasta el ferry. Llegué a lo justo, porque había uno a punto de salir y subí en él. Cuando zarpó y fuimos dejando Lanzarote atrás me sentí algo mejor. Me moría de la pena, lo cierto es que me moría de la pena por todo y lo que me estaba ocurriendo era una auténtica monstruosidad.

Nunca, jamás podría volver a estar en presencia de René. Lo que en otras circunstancias habría supuesto un verdadero descubrimiento por mi parte, dado que podría haber tenido un padre y un hermano, ahora me suponía perder al hombre al que amaba.

¿Cómo era posible? ¿Cómo? Amaba a René con todas mis fuerzas, sí. Y era el único, el único hombre en el mundo al que no podría mirar con ojos de

enamorada.

Ignoraba lo que habría hecho en otra vida, pero tuve que ser requetemala de condición para recibir tamaño castigo. No era justo, ¿cómo iba a serlo? Después de superar tal cantidad de avatares y ahora esto.

Llegué a la Isla de la Graciosa y me bajé corriendo del ferry. Al pasar por delante de la casita que tenían allí los padres de René pensé en la increíble ironía que suponía que parte de esa casa también me pertenecía, porque su padre y el mío eran la misma persona.

Una pequeña maldad pasó por mi cabeza. Estaba deseando coger esa bicicleta que en su día utilicé para visitar toda la isla en su compañía y yo sabía en qué lugar del patio guardaban ellos una copia de la llave. Sus padres apenas iban nunca por allí, por lo que me acerqué y salté la pequeña valla, metiéndome en el patio.

Entre la arena de uno de los cactus, ahí estaba la llave y ahí la encontré, de modo que cogí la bicicleta sin mirar nada más, porque todo lo que tuviera que ver con esa familia me haría el más intenso de los daños.

Sin más, pedaleé hasta aquella recóndita playa que también estaba vacía ese día. Muy alejada del resto, costaba lo suyo llegar y en ella encontré la soledad que iba buscando.

Sin pensarlo, me quité la ropa y me metí en el agua. No llevaba traje de baño ni falta que me hizo. Sentir el contacto directo del agua con mi cuerpo me hizo bien, mucho bien...



No había dormido en toda la noche, había vomitado hasta el primer biberón, me había llevado el disgusto más grande de mi vida, uno que estaba destinado a cambiarlo todo, desde los cimientos... Necesitaba ese baño, un baño durante el que cerré los ojos y a punto estuve de...

Lo reconozco, por unos instantes tuve pensamientos suicidas y me sumergí en el agua sin intención de volver a subir a la superficie. No sabía hasta qué punto el instinto de supervivencia actuaría en mi contra y me haría emerger, pero tampoco llegué a comprobarlo porque unos segundos después de hacer tamaña tontería decidí salir por mí misma.

Nunca había sido una cobarde y no lo sería entonces. Me quedaría allí, en esa impresionante isla, hasta que al día siguiente saliera el primer avión hacia Madrid. Graciela, esa chica que ya se había ofrecido una vez, volvería a ser de nuevo mi tabla de salvación en un momento de la vida en el que necesitaría aferrarme a mis amigas más que nunca.

Pasé el día en la playa y decidí no volver a la casa hasta por la noche...

## Capítulo 23



Llegué sin hacer ruido por aquello de que algún vecino pudiera escucharme, por lo que dejé la bicicleta en el jardín y entré en el salón con el máximo de los cuidados.

No había probado bocado en todo el día, pero lo único que me apetecía era beberme dos litros de agua. Tenía la boca seca y sed, mucha sed.

Cogí una jarra de agua y la llené. Estaba a punto de beber directamente de ella, pues no pensaba dejar ni una gota, cuando escuché pasos y me morí de miedo.

—¿Camila? —Mari Carmen apareció ante mí con un camisón puesto y la jarra resbaló de mis manos, rompiéndose en mil pedazos.

—Lo siento, lo siento una barbaridad, siento que se haya roto y siento estar en su casa. Por favor, no llame a la policía, o sí, hágalo, haga usted lo que quiera. Total, mi vida ya no tiene ningún sentido—Me eché a llorar y esa mujer se acercó a consolarme.

—No tengo ningún pensamiento de llamar a la policía, pero sí tendrás que contarme lo que estás haciendo aquí, creo que me lo debes, ¿no?

—Perdóneme, Mari Carmen, perdóneme... Yo no tenía ningún derecho a irrumpir así en su casa, aunque creí que no había nadie, pero entienda que tampoco ellos...

Me callé de golpe, porque me estaba metiendo en camisas de once varas y si me decidía a hablar, tendría que ser consciente de que ya no habría vuelta atrás.

—¿Quiénes son ellos, Camila? Chica, ¿tú estás bien? ¿René sabe que estás aquí?

—No, no lo sabe. Y por favor le pido que no lo avise, he venido aquí porque no sabía adónde ir, no tenía ningún otro lugar al que acudir hasta que me marche de Lanzarote.

—¿Has discutido con mi hijo? ¿Piensas abandonarlo?

—No, no he discutido con él, pero sí que tengo que abandonarlo. No imagina cómo me duele, pero no tengo más remedio que hacerlo.

—Hija, yo no puedo entender lo que os está sucediendo si tú no me lo explicas. Hazlo, te lo pido por favor.

—Ya y yo no puedo hablar con usted de ciertas cosas porque a buen seguro le removerían un pasado que habrá querido enterrar.

—No entiendo de lo que me hablas, ¿puedes ser más explícita?

Lo dudé durante unos instantes. Lo dudé mucho porque había decidido irme a Madrid sin darle explicaciones a nadie, pero también cabía la posibilidad de que, con lo mucho que René estaba enamorado de mí, no cesara en su empeño hasta que le hablara del verdadero motivo de mi marcha.

Así las cosas, pensé en que me sería mucho más fácil hablar con ella que con él. Y así su madre le podría decir que no tenía más remedio que dejarme marchar, que lo nuestro no tenía absolutamente ninguna solución.

—Verá, Mari Carmen, cuando antes le hablé de ellos... Yo me refería a mi madre y a su marido, a Juan Antonio.

—¿Tu madre y mi marido? Camila, ¿tú no serás...?

—Lo he sabido esta mañana, justo esta mañana, pero sí. Yo soy esa hija que quedó en Linares, en el vientre de una mujer que se llamaba igual que yo y a la que su marido amó, por mucho que a usted le duela.

—Hija, ven aquí—Me abrazó en un gesto que tampoco entendí demasiado bien.

Por mucho que Mari Carmen fuera una buena mujer, que yo tenía entendido que lo era, abrazar al fruto de la infidelidad de tu marido con otra debe costar mucho.

—¿Usted no está enfadada? Yo le prometo que no lo sabía, no lo sabía...

—No, no estoy enfadada. Y otra cosa, si voy a ser tu suegra, ya es hora de que me vayas tuteando, ¿no te parece?

—¿Mi suegra? ¿Pero es que usted no se ha enterado? Soy la hermana de su hijo René, no puedo ser su nuera.

—No, hija, eso es lo que tú has pensado porque mi marido asumió ante el mundo una culpa que no era suya, pero él no es tu padre, tu padre era Alberto.

—¿Alberto? ¿Mi padre era Alberto? ¿Cómo? No entiendo...

En cuestión de segundos, y aunque no pudiera saber de dónde venía el engaño, las piezas del puzle de toda una vida encajaron.

—Alberto se volvió loco cuando me vio, me dijo “Camila, mi Camila...”

—¿Alberto te conoció? Eso lo explica todo, eso explica por qué estuvo tan mal en las últimas semanas de su vida. Él estuvo enamorado de tu madre hasta el final, pero la madre de Yurena, esa mujer es un veneno...

—Mar, así se llama, ¿no?

—Sí, Mar. Me cuesta trabajo pensar en cómo una persona tan mala puede tener un nombre que representa algo tan bonito y que da tanta paz a las personas—suspiró.

—Necesito saberlo todo, entiéndame, lo necesito.

—Y yo te lo voy a contar, pero entiende tú también que necesitaré hacerlo con una copa. Antes que nada, dile a mi hijo que estás aquí, conociéndolo, debe estar dando vueltas como un loco, buscándote.

Le puse un escueto mensaje, diciéndole que estaba bien y que por la mañana se lo explicaría todo. Él no pudo soportar los nervios y me rogó que le mandara mi ubicación para venir a buscarme. Cuando le envié la de la casa de sus padres, en aquella isla, alucinó.

Llegaría en su propio velero, ninguna duda me quedó, pero antes disponía de un rato para que su madre me contara la verdad de mi vida, de dónde venía yo.

Su marido estaba acostado. Según me contó Mari Carmen, ese lugar también les daba mucha paz, por lo que hasta allí iban en momentos difíciles de su vida y la muerte de Alberto propició uno de esos momentos.

Con él dormido, pudimos hablar de mujer a mujer. Mi cabeza solo daba vueltas y vueltas, si Alberto era mi padre, eso quería decir ¡que Yurena era mi hermana!

—Verás, hija, todo empezó hace muchísimos años—Mari Carmen dio un sorbo a su copa antes de comenzar con un relato que tampoco era agradable para ella—. Mi marido y Alberto coincidieron en el servicio militar, la famosa “mili” de la que habrás escuchado hablar.

—Sí, sí, claro...

—Pues bien, ellos coincidieron y Juan Antonio comenzó con muy mal pie, porque un cabo le cogió ojeriza desde el primer momento.

—Sé lo que es eso porque me pasó lo mismo con Ruth cuando llegué al hotel—Sonreí tímidamente porque ya estaba más tranquila. Increíblemente sorprendida por su revelación, pero más tranquila en el sentido de saber que a René y a mí no nos corría la misma sangre por las venas.

—Ellos se hicieron muy amigos y Alberto siempre estaba muy pendiente de ese hombre, porque no era nada de fiar.

—Jolines, pues vaya suerte también. Y rodeados de armas como estarían.

—Has dado en el clavo. Mi marido es muy temperamental y se había enfrentado varias veces con el cabo, en una época en la que eso podía costarle un enorme disgusto.

—Lo que no entiendo es qué puede tener todo esto que ver conmigo, Mari Carmen, no sé a dónde quiere llegar.

—A explicártelo todo y a lograr que me tutees, porque no te lo pienso repetir más.

—Vale, pues entonces sigue, por favor.

—Un buen día, en unas maniobras, el cabo estaba fuera de sí porque mi marido y él habían discutido y, como quien no quiere la cosa, “se le escapó” un tiro.

—Qué hijo de puta.

—Sí, hija, sí. Y Alberto, que se dio cuenta en el último momento, se metió por medio y se lo llevó en la pierna.

—¿Por eso tenía una leve cojera? Yurena me dijo una vez algo de eso, de que cojeaba.

—La muchacha no sabe ni el motivo, porque ellos jamás lo hablaron con sus hijos, pero sí. Y a partir de ese momento, se convirtieron en uña y carne, imagínate lo mucho que Juan Antonio tenía que agradecerle.

—Lo imagino, lo imagino.

—Sí, porque el otro en el último momento tiró a la pierna, pero si lo hace a matar se lo lleva por delante. Pues bien, años después todos vivimos en Linares durante una determinada época. Nosotros estábamos casados y ya teníamos a René. Alberto también estaba casado con Mar y ellos no tenían hijos todavía.

—Vaya, ¿no podían?

—En principio, no. Y ella, que era más mala que un temporal, lo ponía a cada momento de poco menos que de impotente, aparte de cojo, cuando lo cierto es que era un hombre guapísimo y de lo más interesante, pura sensibilidad.

—Y fue entonces cuando conoció a mi madre.



—Así es, él perdió la cabeza, se enamoró como un loco de ella, no te lo puedes imaginar. Alberto habría dejado a Mar con los ojos cerrados, pero tu madre se lo pensó mejor, se sintió muy mal por lo que le hizo a tu padre y Alberto se quiso morir. En ese momento, para que no faltara nada, Mar enfermó de un tumor, el cual resultó ser también el causante de que no hubiera podido engendrar hasta entonces, tanto como se mofaba de él.

—Cuando ya había engendrado una hija...

—Correcto.

—Uff, es muy fuerte. Sigue, por favor.

—Pues que alguien habló de más en nuestro pequeño círculo y mira que aquello se mantuvo en secreto, pero se formó un buen lío y todo estaba a punto de llegar a los oídos de Mar cuando mi marido decidió devolverle el favor que un día su amigo le hizo.

—Y se adjudicó él la paternidad a los ojos de esos pocos.

—Correcto, con mi beneplácito, por supuesto. Así lo decidimos, incluso, por si alguna vez en la vida saltaba la liebre, esa sería la versión que mantendríamos ante nuestros hijos, de modo que no hubiera contradicciones.

—Y decidiste quedar de cornuda por amor a tu marido y por respeto a la amistad que le unía a su amigo.

—Correcto, Alberto era muy buena persona y no habría podido superar que Mar se muriera con esa pena, pues pensábamos que se moría, cuando lo cierto es que ella sobrevivió y años más tarde nació Yurena.

—Cielos, qué historia.

—Sí, una historia que nos ha perseguido toda la vida. Cuando Mar se fue, que lo hizo porque era una mala hierba, se acentuó más en Alberto el recuerdo de tu madre y empezó a beber más de la cuenta. En cuanto la niña fue mayor y ya vio que se valía un poco por sí misma, la cosa empeoró y ahí comenzó el calvario de la chiquilla.

—Y tu marido, ¿también tuvo problemas?

—En su caso con el juego. Todo aquello le afectó también y a punto estuvo de llevarnos a la ruina. A consecuencia de eso, mi hijo conoció a Kalyna, de forma que las desgracias se fueron concatenando hasta que ahora el círculo se ha cerrado con tu aparición; la de una niña con la que empezó todo. Y, si entonces tu nacimiento nos complicó la vida, también te digo que tu aparición de ahora nos la salva.

—Gracias, Mari Carmen, pensaba que era yo quien se había salvado al poder estar con tu hijo.

—No, cariño, tú has venido a salvarnos a todos, porque hemos estado demasiados años metidos en un pozo del que no sabíamos cómo salir.

Juntas lloramos y nos prometimos que todo lo bueno estaba por llegar... Y debía ser así, porque un rato después llegó René.

—Mi amor, ¿me puedes explicar lo que ha pasado? Por Dios que ha sido el peor día de mi vida, creí que me moría sin ti.

—Para mí también ha sido extremadamente difícil, pero ahora sí que te prometo que ya no existe obstáculo que pueda impedir lo nuestro.

—No, no existe, doy fe—nos dijo su madre mientras su padre se levantó a por un vaso de agua y se sorprendió al vernos allí a todos...

## Epílogo



*Cuatro años después...*

—Ten cuidadito que Yaiza lo mismo le saca un ojo a Sam—le aconsejé a Yurena viendo que aquella pitufina de un año, que daba sus primeros pasos, iba tras el gracioso perrito.

—No te preocupes que entre ellos se entienden, ¿no ves que se han criado prácticamente juntos? —me preguntó mi hermana.

“Mi hermana”, lo último que habría podido pensar en la vida el día que conocí a aquella diableja sin la que ya no podía vivir. Por fin todo era un remanso de paz, incluso el recuerdo de mi madre volvió a ser el de siempre para mí.

Desde entonces habían pasado cuatro maravillosos años en los que la vida con René fue realmente apasionante, con el sobresalto incluido de que un día, sin comerlo y sin beberlo, me encontré con la sorpresa de que estaba embarazada. Llamé a Ruth, en ese momento llamé a una persona que formaba también ya parte de mi existencia y ella me calmó.

Apenas podía creerlo porque para ese momento estaba cursando el segundo año de Derecho, una carrera en la que me matriculé tan pronto pasó aquel primer verano del que tantos datos conocéis ya.

Con el Predictor en la mano me pasé tres horas hasta que René llegó a casa, muerta de miedo, porque de hijos no habíamos hablado ni pío hasta ese momento.

—Yo no sé lo que vas a pensar de esto—le dije enseñándole el positivo del cacharrito, con los pelos alborotados y con un batín cortito puesto, que dejaba al aire unas piernas que cruzaba de los nervios.

—¿Lo que voy a pensar? ¿No lo sabes? Que no podías hacerme un mayor regalo, ¡vamos a ser padres! —chilló mientras me tumbó en el sofá y me quitó el batín, con el resultado que ya podréis imaginar. Porque no se puede hacer un niño cuando ya has hecho otro, porque si no de allí salimos comprando doble de todo.

Yurena, esa Yurena que un día recibió también con incontenible llanto la noticia de que éramos hermanas, se estrenó como tita y con la niña estaba que no permitía que le diera el aire. No se podía tener más pasión, algo que era recíproco.

René llegó con los billetes en la mano. A pocos días de nuestra boda, París, esa incomparable ciudad que yo todavía no conocía y que según decían cobijaba como ninguna a los enamorados, sería el destino de nuestra luna de miel.

Durante aquel tiempo habíamos viajado mucho, pero yo quise dejar ese lugar que era emblemático para nosotros para una ocasión especial. Y no se me ocurría ninguna que pudiera serlo más que aquella.

—¿Tú estás segura de que te quieres quedar aquí con la niña? Mira que ya te he dicho que nos la podemos llevar, hermana.

Yurena se había ofrecido a quedarse con ella en nuestra casa durante esos días.

—Y dale, ¿no confías en mí? ¿Con quién va a estar la ricura de su tata mejor? Ven aquí, revoltosilla—La cogió y empezó a hacerle pedorretas en la barriga hasta que la enana se partiera de la risa.

—Claro que confío, lo que pasa es que será la primera vez que nos separemos de ella y no sé, me da una cosita...

—Qué pesadita eres, si también van a venir a cada momento Alba con Sergio y Rebeca con el vikingo, ¿o te crees que nos van a dejar solas? Y luego están los abuelos, que ni te cuento...

Rebeca con el vikingo, sí. Ella también lo logró. Mi amiga, después de darle el ultimátum, creyó perderlo para siempre, pero se ve que a él le iba la marcha y tres meses más tarde vino por Lanzarote con el proyecto de abrir un restaurante en el que invirtió todos sus ahorros y que le fue de lujo desde el primer día.

Desde entonces, tanto Rebeca como Alba trabajaban con él, por lo que las cosas no podían irnos mejor. Es más, el vikingo y ella fueron los primeros

en casarse.

Por su parte, Alba y Sergio también tenían planes de boda para el siguiente año, pues decían que su enlace no debía eclipsar al nuestro, como si fueran de esos de las casas reales que compiten en glamur.

Lo que más ilusión me hacía a mí de la boda era un ramillete de invitadas que se unirían a Rebeca, a Alba y a Yurena como damas de honor; un buen puñado de chicas de la tribu llegadas desde todos los lugares, colmándome de ilusión.

René se rio al vernos bicheando por enésima vez el diseño de sus vestidos, acorde con el mío, del que tenía la última prueba esa misma tarde.

A falta de muy pocos para el gran día, yo sentía que la felicidad me desbordaba y que el corazón no me cabía en el pecho.

—Ni se te ocurra mirar, que son los vestidos de las chicas, ¿ok?

—¿Tampoco puedo ver los de ellas? Me tienes totalmente marginado, ni los de las chicas ni el tuyo...

—Ven aquí, anda, que te doy un besazo y se te quita todo.

—Vale, venga...

—Tápale los ojos a tu sobri, Yurena, que le voy a dar un besazo a su padre y esa celosilla se pondrá a piar.

Él ya venía de besarla a ella, a la que adoraba. Era todo un padrazo, tardó en serlo, pero era el mejor. Y la mica era una celosilla que se ponía a llorar con descontrol cuando la destinataria de los besos de su padre no era ella.

—Ya que estoy aquí, mejor os vais al dormitorio, que yo me quedo con la chiqui—nos sugirió su tata.

—No le hagas caso a mi hermana, que ya sabes que está muy loquita—A esa hermana en realidad la compartíamos, porque él siempre la consideró como tal.

—Sí, sí que le voy a hacer caso, ven aquí—Me tomó en brazos y me llevó hacia dentro. La pequeña nos miró con cara de pocos amigos y su tía la cogió de nuevo en volandas, por lo que escuchamos sus risas desde dentro.

“Estás salvada”, me repetí mientras me dejaba llevar por los brazos del dueño de los ojos verdes que un día me enamoraron y con la música de fondo que hubiera elegido entre todas las posibles; esas risas...



*Puedes seguirme en mis redes sociales:*

**Instagram:** [@almafernandez.autora](#)

**Facebook:** [Alma Fdez](#)

**Amazon:** [relinks.me/AlmaFernandez](https://relinks.me/AlmaFernandez)

*Con mucho cariño,*

*Alma.*